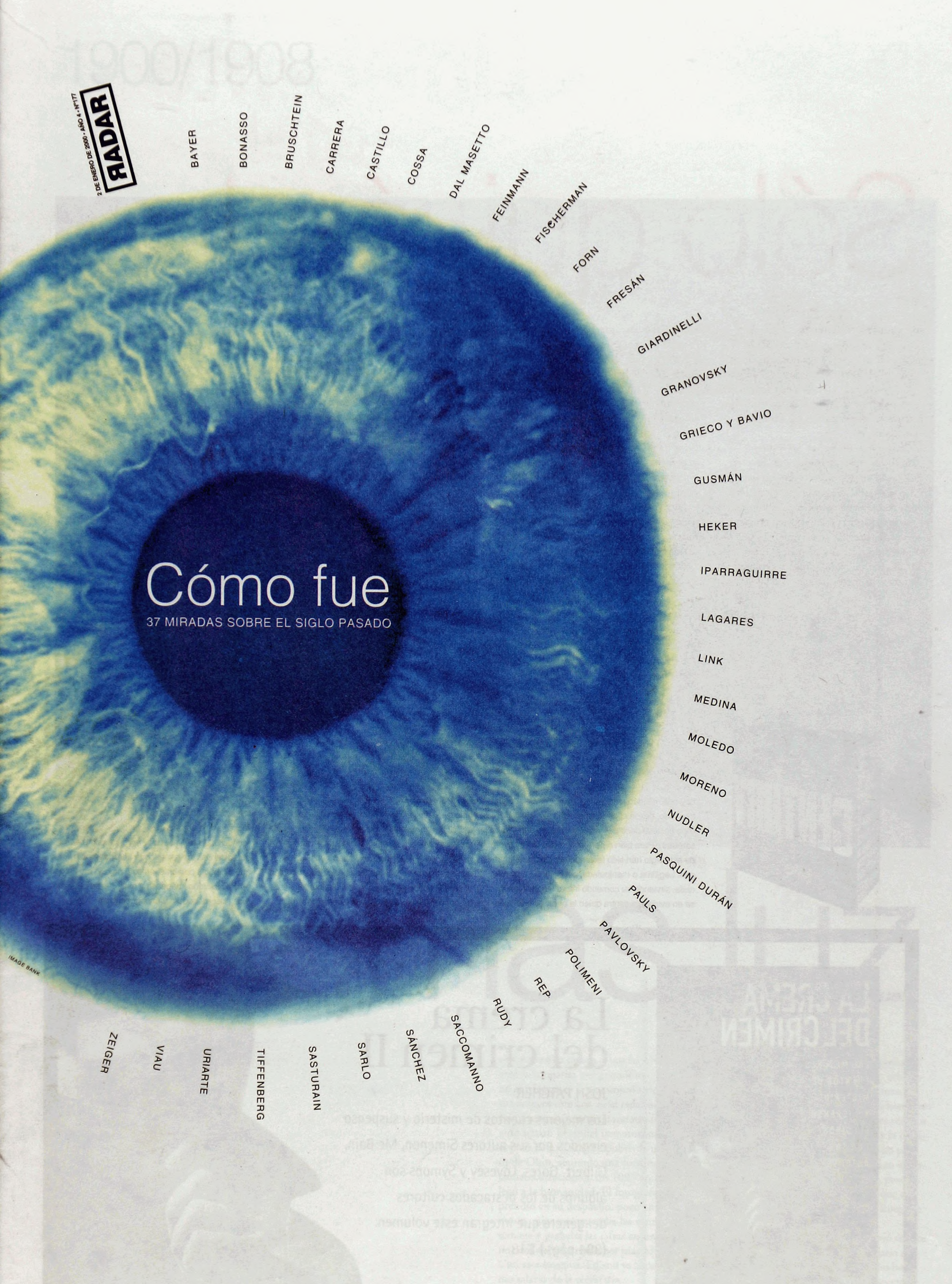
RADAR
2 DE ENERO DE 2000 · AÑO 4 · Nº177



Cómo fue

37 MIRADAS SOBRE EL SIGLO PASADO

BAYER
BONASSO
BRUSCHTEIN
CARRERA
CASTILLO
COSSA
DAL MASETTO
FEINMANN
FISCHERMAN
FORN
FRESÁN
GIARDINELLI
GRANOVSKY
GRIECO Y BAVIO
GUSMÁN
HEKER
IPARRAGUIRRE
LAGARES
LINK
MEDINA
MOLEDO
MORENO
NUDLER
PASQUINI DURÁN
PAULS
PAVLOVSKY
POLIMENI
REP
RUDY
SACCOMANNO
SÁNCHEZ
SARLO
SASTURAIN
TIFFENBERG
URIARTE
VIAU
ZEIGER

IMAGE BANK

Sólo quizás

POR ERNESTO TIFFENBERG Llegamos. Nadie puede suponer que haya algún mérito en ello, pero llegamos. Por fin nos encontró el 2000. Ni unidos ni dominados. Apenas unos años o meses más viejos, sobrevivientes de la caída de un muro que arrastró las convicciones mientras liberaba la imaginación.

Cuatro quintas partes del siglo que pasó, los hombres y mujeres se creyeron dueños de su destino. Enfrentaron la muerte seguros de que el paisaje después de la batalla sería el inicio de la nueva era. Quizás la historia compare esas epopeyas con las de aquellas sectas heréticas que ni siquiera dejaron su marca en la Edad Media. Quizás, sólo quizás, las recuerde como los primeros balbuceos de una humanidad decidida a convivir en paz consigo misma.

El fin de siglo disolvió las antiguas voces de combate en inconexos gritos de desesperación. El dominio de los mercados –y el pensamiento único que segregan– convirtió en irrisorio cualquier intento de proyección sobre el futuro. La política perdió el don de la esperanza transformadora; su único deber es perpetuar el presente, impedir cualquier interferencia en el turbulento camino de la economía.

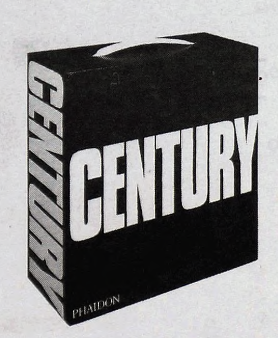
Quizás, sólo quizás, no sea tan sencillo.

Algunos poetas, como Juan Gelman, todavía incitan a que nadie se olvide de olvidar el olvido. Otros, como Eduardo Galeano, todavía reivindican el derecho de soñar. Como queda claro en las rotundas imágenes de este suplemento, entre los escombros del Muro quedaron atrapadas las fotos de un siglo que murió una década atrás sin reconocerlo. Hace ya diez largos años comenzó la filmación de un vertiginoso videoclip que busca desesperadamente el argumento que le dé sentido.

Quizás, sólo quizás, lo encuentre en este siglo. Y los hombres y mujeres vuelvan a tener proyectos, a creerse dueños de un destino y quizás, sólo quizás, ya no tengan que matarse para conseguirlo.

Por fin entonces nos encontrará el 2100. Ni unidos ni dominados. Apenas dueños de un presente, un pasado y un futuro, con menos desigualdades e injusticias.

Y quizás, sólo quizás, tengamos algún mérito en ello.



Las imágenes y las palabras

Con el desarrollo de la fotografía, la invención del cine, la TV y el video, el ojo que todo lo ve es hoy una realidad innegable. Las cámaras lo registran todo, desde el espacio privado al espacio público (incluso desde el espacio exterior, a través de satélites). Para bien o para mal, todos los eventos de este siglo han sido testimoniados por una imagen. Legítima o manipulada, espontánea o planificada, sirviendo su cometido inicial o convirtiéndose en evidencia contra quien la obtuvo, redefiniendo su elocuencia según pasan los años. Es por eso que, en este número especial sobre el siglo pasado, 37 periodistas y escritores –esto es: 37 personas cuyas herramientas de trabajo son la observación y la palabra– eligen una foto de los últimos cien años y la comentan. Cada imagen es, así, doblemente elocuente para la reflexión, en forma panorámica y coral, de los sucesos que marcaron el siglo. Agradecemos a cada uno de los que aceptaron escribir en estas páginas y también al sello Phaidon –a través de su distribuidor argentino, Asunto Impreso– por permitirnos usar, como banco de imágenes para este suplemento, las fotografías del libro *Century*, un monumental compendio fotográfico de las imágenes del siglo (1120 páginas, más de mil fotos), que desde su reciente aparición se ha convertido en un verdadero fenómeno editorial. En cuanto a nuestro deseo para los tiempos que vienen, salta a la vista recorriendo estas páginas: que aprendamos a oír lo que dicen las imágenes, que aprendamos a ver lo que dicen las palabras, en este mundo en el que la proliferación de imágenes y palabras es cada día más ensordecedora y enceguecedora.



Tomás Alva Edison prueba uno de sus inventos: el dictáfono

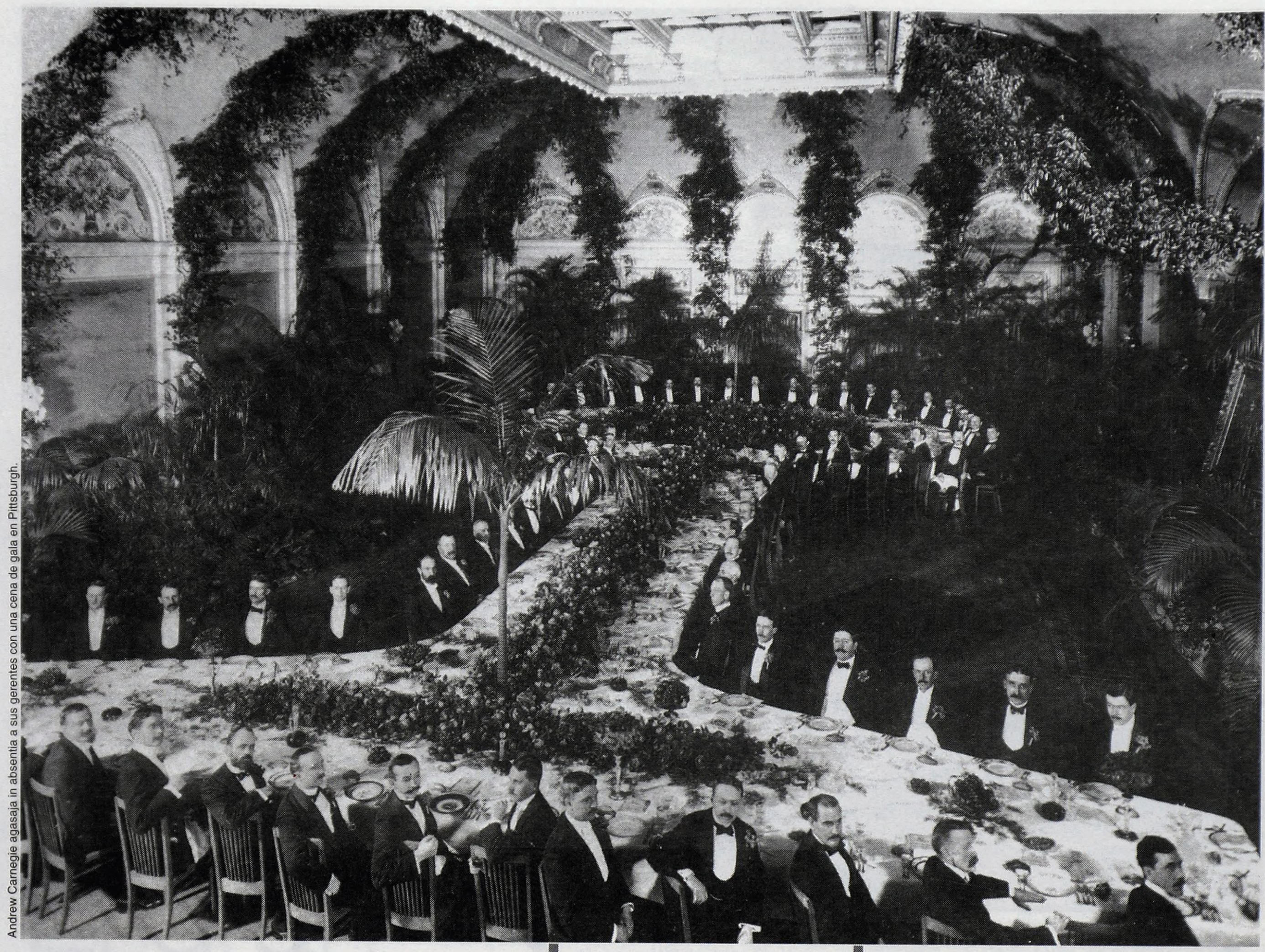
Luz, más luz

POR ROBERTO COSSA Thomas Alva Edison creó la lamparita y el gramófono, revolucionó el telégrafo y la transmisión eléctrica. Sin sus avances técnicos, ni el radar ni la televisión formarían parte de nuestra forma de vida actual. El genial inventor, nacido en el seno de una familia pobre de un pueblito de Ohio, acumuló una fortuna con la comercialización de los 1097 aportes que legó a la humanidad. El fotógrafo lo sorprendió en su despacho, poco antes de morir, mientras repasaba las ventas de la semana y grababa las cifras en un dictáfono, una de sus creaciones más conocidas. Con este invento, Edison se ahorraba medio salario de la secretaria.

Esta capacidad para unir técnica con negocios y ambas virtudes con una férrea vocación para el ahorro convirtieron a Edison en el norteamericano más popular de la época, el norteamericano ideal: ingenioso, millonario y ahorrativo. Un clásico referente de los Estados Unidos de comienzos de siglo, el país de los pioneros, de los hombres hechos por sí mismos, de los pobres venidos a millonarios por obra del trabajo y la constancia. Ciudadano de un país con un proyecto hegemónico, Edison, que en su infancia vendía periódicos en los trenes, pasó de canillita a imprimir un semanario que él mismo distribuía por los vagones. Luego se hizo inventor.

Todo lo contrario de lo que ocurrió con los Peralta Ramos, los inventores del diario *La Razón*. Nacieron ricos, tuvieron todas las oportunidades, pero no supieron ahorrar. Crearon un diario que llegó a ser el más vendido de habla hispana y que ahora se reparte gratuitamente entre los usuarios de los trenes.

La puta mentalidad argentina.



Andrew Carnegie agasaja in absentia a sus gerentes con una cena de gala en Pittsburgh.

La supervivencia de las especies más vulgares

POR ALFREDO GRIECO Y BAVIO "Los millonarios son el producto de la selección natural." Así concluía William Graham Sumner, profesor en Yale y mayor sociólogo norteamericano del siglo XIX. Es 1901, y la reina Victoria acababa de morir, después de matar a Oscar Wilde y tantos otros. En la orilla opuesta del Atlántico, como en un retrato colectivo de Frans Hals, los comensales del banquete de la United States Steel Company (todos gerentes, todos varones) miran a cámara, saben que los están registrando. El fotógrafo atiende en su composición al exotismo imperial y orientalista de los arreglos con bíblicas palmas sobre mesas con la forma en T de los rieles de acero. La fuerza de la imagen no estriba en el contenido dramático (suspendido) sino en la siniestra invitación al optimismo, a la afición por las anécdotas previsibles derramadas sobre platos bien servidos, al relato de mendigos transformados inexorablemente en príncipes o, mejor, en capitanes de la industria. Fervores narrativos provocados por la opulencia de los capitalistas, "buenos salvajes" redivivos. Andrew Carnegie –rey de las acerías, anfitrión invisible del banquete– era el sueño americano hecho realidad. "Cuando leí a Spencer, la luz me inundó y todo se me hizo claro", confesó Carnegie. El evangelio de la riqueza predicado por el filósofo británico divulgador del darwinismo social adelantaba con audaz brutalidad lo que hoy vivimos como evidencia banal: la verdad –no sólo la puritana salvación– se mide por el éxito. "La lección de Marx es todopoderosa porque es verdadera", repetía Lenin. Como su contemporáneo Carnegie, pensaba lo contrario: la lección de los hechos es verdadera porque es eficaz. El soltero Herbert Spencer expresaba el mismo pasmo ante el *self-made man* que las 119 novelas de Horatio Alger. Todas ellas cuentan la historia de Carnegie (o de Rockefeller): hay que levantarse temprano y acostarse tarde, no fumar ni drogarse, trabajar duro, obedecer a los jefes, vivir con frugalidad. La fortuna está a la vuelta de la esquina; cuando es bien adquirida, hace la felicidad de quien la posee (y de quienes asisten al Carnegie Hall o rapiñan becas Guggenheim). "Dios me ha dado mi dinero" era la divisa del petrolero bautista Rockefeller. Es imposible abandonar la fábula sin su moraleja: aún no despertamos del sueño de esa democracia que abrió el siglo. Estados Unidos venció al Reich alemán y al Imperio Austro-húngaro en 1918, a su Gran Depresión de 1929 con el New Deal, al nazismo y a Japón en 1945. Ganó la Guerra Fría en 1989 sin disparar un solo tiro. En 1999, ningún boom económico es comparable al conocido bajo Clinton. En 1980, Japón superó la producción de acero norteamericana, pero hoy importa dosis masivas de "pensamiento único" para salvar bancos y empresas. Vietnam hace lo mismo, para rozar el mundo de e-business y servicios del que se excluyó en 1975: hasta la victoria alguna vez. En 1999, tras décadas de lobby, los leninistas de mercado chinos levantan la cortina de bambú para entrar en la Organización Mundial de Comercio. Rusia se arrodilla ante el FMI. Las naciones latinoamericanas, después o no de dictaduras terroristas, se unen al coro de la utopía de mercado; en el mundo sólo algunos fundamentalismos desentonan a propósito. De Seattle a Corrientes, las huelgas industriales se ven reemplazadas, cuán regresivamente, por el barroco "alboroto y tumulto". La sesión fotográfica terminó, los comensales siguen con los brindis. R

La invención del Tercer Mundo


Un grupo de hereros alzados contra sus amos son brutalmente reprimido.

POR JULIO NUDLER Así que aquello de "la patria encadenada" por el colonialismo no era una metáfora. Siete negros uncidos, condenados a escarmentar y morir en 1904 por el ocupante alemán del Africa Sudoccidental (que luego sería Namibia), como postal de la represión que aplastó la revuelta del pueblo herero. Los alemanes habían comenzado a establecerse allí hacia 1850, hasta que en 1884 anexaron todo el territorio, convertido en protectorado (vaya palabra). Luego implantaron la segregación racial, creando "reservas nativas" para las tribus locales, exterminaron la mitad de la población autóctona en sucesivas campañas de sojuzgamiento y se entusiasmaron con la explotación de las minas de diamante. Mediante un decreto expropiaron toda la tierra a los hereros y les prohibieron criar ganado, lo que los obligaba a venderse como mano de obra para sobrevivir.

Los desarrollados germanos, que algunas décadas más tarde fundarían la industria de la aniquilación a gran escala, superando en método y organización al modo de genocidio soviético y por supuesto al turco, pero quedando en irremisible desventaja tecnológica respecto de los bombardeos atómicos estadounidenses sobre población civil japonesa, aquellos desarrollados germanos estaban ayudando a instalar el Tercer Mundo miserable y humillado como un concepto inseparable del enceguecedor progreso experimentado por la humanidad en el siglo XX. Tanto que la misma foto, sin apenas modificar indumentos y cadenas, pero escaneada, podría servir para ilustrar los comienzos de este siglo XXI.

La distancia entre Windhoek y Berlín es aún mayor, y quizá más indescontable, a pesar de la descolonización del Africa. Pero también Buenos Aires puede estar hoy más lejos del ombligo global, aunque parezca más cerca por los movicomes, tower records y play centers. A veces de una manera menos brutal, menos manifiesta, más sutil, la desigualdad del mundo estira las distancias y distribuye los roles. No es siempre cuestión de arrastrar eslabones, argollas y remaches, símbolos excesivamente explícitos para estos tiempos de livianos iconos. Hoy cabría elegir tal vez la foto de un bigmac rociado con cocacola, un afiche de Hollywood, un clip, una banda de rock, la CNN con su imperturbable Weltanschauung, muchos carteles en inglés en países no angloparlantes (no importa que digan carwash o washcar) y las admoniciones de algún notorio economista de Chicago. El Norte inclina la cancha, y desde Namibia o Uruguay cuesta cada vez más llegar con algún pelotazo hasta el rubio goalkeeper de los dominadores.

1910 Hacer la América


Una familia sin padre llega al Nuevo Mundo esperando un mundo mejor.

POR ANTONIO DAL MASETTO Ya estoy por cumplir los noventa años, pasaron casi setenta desde que bajé del barco, pero cada vez que veo una foto de inmigrantes –en la Argentina, en los Estados Unidos, en cualquier puerto del mundo– me acuerdo de aquellos días como si fuera ayer. Me acuerdo de la forma en que pronunciábamos la palabra América y del pueblito perdido adonde fuimos a vivir. Y me acuerdo de las tormentas. Me daban terror las tormentas. Mi primer hijo tenía meses. La casa era chiquita, piso de ladrillos, cocina a leña, un corredor con techo de tejas, un pedazo de terreno donde sembrábamos hortalizas, el excusado al fondo, dentro del gallinero. Mi marido se iba a trabajar temprano y volvía tarde, me quedaba sola todo el día. Estábamos en un callejón saliendo del pueblo, lejos de las primeras casas, así que tenía que caminar bastante para ir hasta al almacén. Me hacía entender por señas, un poco de esto, un poco de aquello. Enfrente del almacén estaba el boliche y a veces se armaban peleas. De esos primeros tiempos me acuerdo sobre todo de la tristeza. Y del miedo que me daban las tormentas. Después fui conociendo algunas personas, gente que me saludaba, que me preguntaba cómo estaba, que me daba charla. Estaba la Maruja, nos hicimos bastante amigas y venía a visitarme. Yo no iba a la casa de ella. El marido le pegaba. Unas palizas que daba miedo. Me mostraba, tenía moretones por todo el cuerpo. También había un portugués que fabricaba canastos y salía a venderlos por la calle, me lo cruzaba siempre, pero hablábamos poco porque no entendía nada de lo que me decía. A la que visitaba de vez en cuando era a doña Lucía, una viejita italiana que tenía un hijo que vendía vino y una hija modista. Doña Lucía me contaba siempre la misma historia: su padre había emigrado solo y acá se juntó con otra mujer y se olvidó de la familia que estaba en Italia y ella, cuando tuvo edad suficiente, tomó el barco y vino a buscarlo y lo hinchó, lo hinchó durante años para que trajera a la madre, y al final lo consiguió. Eran todos buena gente, buenos vecinos, y me fui adaptando. Pero las tormentas me dieron miedo siempre. Empezaban los truenos y los relámpagos y yo envolvía al chico en el delantal y salía corriendo para la casa de doña Lucía. Y un día lo perdí. Perdí al chico por el camino. Se me cayó y no me di cuenta. Volví a buscarlo bajo la lluvia. Qué susto me pegué esa vez. Ahora ya no se ven esas tormentas que venían antes.

1910

Peregrinos de toda Rusia y Europa pugnan por ver el cuerpo sin vida de Tolstoi, en Yasnaia Poliana

El invierno del patriarca

POR SYLVIA IPARRAGUIRRE Esos árboles son Yasnaia Poliana (que significa "luminoso claro del bosque"), lugar en el campo, en Tula, en el que Tolstoi nació y vivió y escribió, donde nacieron sus hijos y al que sólo abandonó para morir. Se cuenta que, en algún regreso de Moscú o de San Petersburgo, a cualquier hora que fuese, Tolstoi se refugiaba en el bosque o en el establo, deambulando entre los árboles o mirando durante horas los animales con sus crías, hasta recuperar aquel "sentido básico de la vida" que el viaje había momentáneamente enturbiado. En la foto sólo vemos las espaldas de hombres y mujeres. Se adivina cierto aire de recogimiento atónito, seguramente incrédulo ante esa muerte desmesurada. Están de rodillas; porque a Tolstoi, más que leerlo, se lo veneraba. Ese hombre, maestro de Gandhi y reverencialmente temido por el Zar, era, sin embargo, demasiado humano para ser un santo. Sus últimos años fueron tormentosos y sus últimos días particularmente infelices.

Medio siglo de convivencia y quizá de amor no había atemperado su conflictiva relación con Sofía Andreievna, hasta que Tolstoi, incapaz de darle otro fin, abandona Yasnaia Poliana. Le deja a Sofía una carta en la que dice: "Mi situación en casa se ha vuelto intolerable, no puedo vivir en las condiciones de lujo de siempre... Te doy gracias por los cuarenta y ocho años de honrada vida que has pasado conmigo y te ruego que me perdones en lo que he podido ser culpable ante ti, como yo te perdono con toda mi alma en lo que hayas podido ser culpable". Le prohíbe que lo busque. Sale de su casa casi huyendo a refugiarse en un monasterio. Una noche de nieve y de tormenta, con su hija preferida, Sacha, y con su médico, desaparece también de allí. Su destino secreto es el Cáucaso: a mil kilómetros de su bosque. En el viaje enferma y se refugia en una insignificante estación de trenes rusa que hoy es conocida en el mundo entero sólo porque Tolstoi se acostó en ella a morir: Astopovo.

En esos días de Tolstoi agonizante, Astopovo se convierte en un campamento de periodistas, gendarmes, acólitos, admiradores y camarógrafos de cine llegados de todas las capitales del mundo. Desde China hasta América, los diarios titulan: *Tolstoi está muriendo*. En medio de este vértigo, una mujer casi anciana, como en una escena de película muda, se empina en sus zapatos e intenta alcanzar el vidrio de una ventana. Es la condesa Sofía Andreievna, que quiere ver, por última vez, la cara del hombre con el que vivió desde los diecisiete años. No pudo verlo. Nadie pudo verlo. Por propia voluntad, el escritor más conocido del mundo murió solo. Ni siquiera permitió la entrada del representante del Santo Sínodo.

Las biografías suelen darnos la momentánea ilusión de que hemos conocido a un hombre o a una mujer. En el caso de Tolstoi, sus biografías, incluso las que toman como base sus diarios y los de Sofía Andreievna, crean la misteriosa paradoja inversa: cuanto más sabemos (y se sabe casi todo) sobre su vida privada y pública, menos lo conocemos. ¿Quién fue en realidad Lev Nicolaievich Tolstoi, ese escritor que pudo dar cuenta de la existencia humana hasta límites que quedan fuera de explicación? Su muerte no puede contestar esa pregunta. En otro sentido, en el de la literatura contemporánea, esta escena invernal clausura el siglo XIX. ■



La era de las matanzas



Prisioneros rusos y sus captores aguardan en la estación de Tilsit

POR JOSÉ MARIA PASQUINI DURÀN

En las guerras, las imágenes humanas se parecen, no importa cuál sea la fecha del retrato. "Hileras de rostros grisáceos que murmuran, teñidos de temor, / abandonan sus trincheras, y salen a la superficie, / mientras el reloj marca indiferente y sin cesar el tiempo en las muñecas, / y la esperanza, con ojos furtivos y puños cerrados, se sumerge en el fango", cita Eric Hobsbawm en el epígrafe del primer capítulo ("La época de la guerra total") de su *Historia del siglo XX*. Esta fotografía muestra a soldados alemanes y rusos, captores y prisioneros, todos sorprendidos en 1914 mientras esperaban en una desolada estación ferroviaria. A lo mejor, entre ellos, o en alguna trinchera, estaba el *Frontsoldat* Adolf Hitler incubando el huevo de la serpiente. Tal presunción es lógica, porque la Primera Guerra Mundial inició la era de las matanzas. Sólo en la batalla de Verdún (febrero-julio de 1916) murió la mitad de los dos millones de combatientes. Perdió sentido la vida humana y así, sin valor, se pasó de los cálculos militares a los de la política y la economía. La brutalidad suprimió, de ahí en adelante, cualquier límite a las ambiciones de dominio mundial. Veinte años después, el Tercer Reich, liderado por Hitler, sería la apelación desorbitada de esa insaciable ambición, nunca colmada en el siglo que está terminando aunque sus portadores cambien de identidad y de sede.

En los combates de la Primera Guerra, donde debutaron los tanques y los gases tóxicos, los soldados mataban y morían mirando al enemigo, lo mismo que ocurrió, sesenta y ocho años más tarde, en las islas Malvinas. Cerca de esas mismas islas, en 1914, tuvo lugar la primera batalla naval de esa guerra que muchos creían que sería la última. En realidad, antes de aquel 28 de julio de 1914 en que Austria levantó armas contra Serbia, nunca hubo una guerra mundial. Ésa fue la primera en la que participaron todas las potencias. Y, aunque el Tratado de Versailles puso fin a las hostilidades en 1918, el conflicto mundial se prolongó durante tres décadas, hasta la rendición incondicional de Japón en agosto de 1945, pocos días después de la explosión nuclear en Hiroshima.

Mirando los "rostros grisáceos" de los prisioneros rusos que aparecen en la foto, es casi imposible presentir lo que sucedería tres años después en su amada Madre Rusia. Una minoría de agitadores bolcheviques, en 1917, organizaría *soviets* de soldados, obreros y campesinos para realizar la Revolución de Octubre. Si la Primera Guerra Mundial acabó con el mundo del siglo XIX, de sus escombros levantaría vuelo la Revolución Rusa que delimitó al siglo XX. La sobreviven sus tres demandas iniciales –"paz, pan y trabajo"– y el enigma del futuro, el mismo y eterno enigma que desvelaba a estos hombres de la foto, evocados aquí por un destello de la memoria, esa casquivana cualidad de la condición humana.



Linchamiento racial en Omaha, Nebraska

Todos los fuegos el fuego

POR LEONARDO MOLEDO *"Los ojos del negro, ahora, estaban muy abiertos, como los de un clown o una muñeca. El humo tenía un olor terrible, el olor de algo que se estaba quemando"* (James Baldwin, *Going to meet the man*).

El linchamiento debe su nombre al capitán Charles Lynch (1742-1820), quien organizó una banda que apresaba y ejecutaba a delincuentes, reales o presuntos, en Virginia, Estados Unidos. No es un ajuste de cuentas extrajudicial y privado al estilo mafioso; es un acto público, como lo fueron las ejecuciones capitales durante siglos. Pero a diferencia de éstas, el solitario verdugo se disuelve en la multitud y cada uno de los asistentes participa de su virtud seráfica. Aunque pretende ser un castigo, no es solamente un castigo, ya que la víctima no es necesariamente culpable y muchas veces apenas pasa de la categoría de sospechoso. Ni es una venganza, que salda las deudas reales o imaginarias. El linchamiento es, sobre todo, una fiesta.

"El niño blanco se dio vuelta y miró los rostros de la multitud. Y el de su madre. Los ojos de su madre brillaban, su boca estaba abierta: nunca la había visto más bella. Y entonces empezó a sentir un placer que nunca había sentido antes. Observó el cuerpo que colgaba, el más hermoso y terrible objeto que hubiera visto jamás" (James Baldwin).

Un linchamiento, amigos, es una ocasión alegre, pero de una alegría activa, que muchos blancos prefieren presenciar directamente y no leer en los periódicos (que algunas veces los anuncian con titulares coloridos). Es un ritual de la comunidad, que mide su fuerza, al que los padres llevan a sus hijos (tercero, primera fila, desde la derecha) para iniciarlos. Un ritual que merece una foto conmemorativa en la que algunos sonríen, adelantándose a la época, ya que en las fotos de principios de siglo la sonrisa es rara.

"Bueno, te lo había dicho, le dijo su padre, nunca olvidarás este picnic. El rostro de su padre estaba sudoroso, sus ojos estaban en paz" (James Baldwin).

El linchamiento no tiene la monotonía con que los burócratas meten a la gente en la cámara de gas. Participa de lo placentero, de esa curiosa simbiosis entre la salvación y la muerte que domina la cultura occidental: el cuerpo de la víctima (Will Brown, según las listas de linchamientos, que registran miles de nombres) tiene en la foto la indeleble postura de la crucifixión.

"Sintió que su padre lo había hecho atravesar una prueba crucial, le había revelado un gran secreto que en adelante sería la clave de su vida" (James Baldwin).

Aunque las enciclopedias digan que, a partir de 1960, los linchamientos tienden a desaparecer, y aunque los personajes que vemos en esta foto se hayan transformado en los inocuos (en principio) habitantes del Springfield de los Simpson, este rumor es difícil de creer. Porque, amigos, el mundo es muy grande y muy poblado. Y porque, al revés de la venganza, la justicia o el castigo, la esencia del ritual es la repetición.

Octubre rojo

POR SUSANA VIAU En el volumen hay dos imágenes de Lenin. Pero el fotograma sustraído a *Octubre* tiene un plus valor: es el hacedor de la Revolución visto por uno de sus mejores hijos en el plano de la cultura. En el Lenin de Eisenstein, impetuoso, grandilocuente, épico, de ojos brillantes por la ansiedad de acelerar la historia y el fervor de saber que a partir de ese día el mundo ya no volvería a ser el mismo, quedó atrapado el corazón del fenómeno.

Se dice que fue un espejismo. Se dice que en el propio bolchevismo estaba el germen de la burocratización. Se dice que el poder centralizado degeneró en el culto a la personalidad (lo afirman los mismos que adoran otros cadáveres embalsamados y cantan himnos a la presunta laboriosidad de un jefe). Se dice que el sueño de la dictadura del proletariado acabó en un lastimoso espectáculo de funcionarios y gulags (y la crítica proviene de intelectuales inflados a adulaciones, convencidos de que el sacrificio es para los otros y la entrega personal, carne de psicoanálisis). Se dice que el proceso parió a un Stalin tosco y temible, que el georgiano asesinó más comunistas que el nazismo, y es cierto. Tan cierto como lo que no se dice.

No se dice que más de diez millones de muertos –más, infinitamente más que los que puso ninguna democracia occidental– le costó a esa nación desgastada detener la maquinaria hitleriana, que allí empezó a perder la guerra. Tampoco se dice que 1917 inauguró la era de la insurgencia y puso la impronta, el carácter distintivo a lo que entendemos como nuestro tiempo.

La gesta de Octubre fue el producto de condiciones dadas y del talento de Vladimir Illich Ulianov, Lenin, el diseñador de la herramienta, el estratega capaz de empinarse y advertir que, al revés de lo que parecía enseñar el pasado, la toma del poder político podía preceder y dar lugar al cambio de las relaciones económicas. La Revolución Rusa corporizó al fantasma y el ejemplo cundió.

El siglo que acabó fue el siglo de las revoluciones; ellas marcaron el pensamiento, la filosofía, la cultura y la vida cotidiana de los contemporáneos. Sus teóricos hicieron brillante la polémica, obligaron al adversario a elevar la puntería. Hasta el mundo conservador debió renovar sus arsenales ideológicos. Y, si suena exagerado, bastaría imaginarse qué hubiera sido de estas diez décadas –y de nosotros– sin esa presencia hostigadora, vivificante, en permanente desarrollo.

Para muchos, en cambio, éste ha sido el siglo de las revoluciones perdidas, y del fracaso deducen la inviabilidad del sueño. No saben de la fuerza de los recuerdos.



Lenin anuncia la caída del *Zar* y el triunfo sobre las fuerzas burguesas de Kerensky, en *Octubre* de Einsenstein

René Daumal hablaba del hombre que sube a la montaña y ve desde la cima esa porción del universo que produce la ilusión de ser el universo entero. Cuando desciende, el hombre ya no ve, pero ha visto. Esta humanidad también ha visto: lo grande y lo pequeño de la revolución, pero, al fin, el único acto conocido en el que la generosidad, la solidaridad, el afán de justicia son pasiones colectivas.

El pie de foto afirma que Sergei Eisenstein sobrellevó con dificultad la absurda noción de una cultura proletaria. Es apenas un dato, un dato vacío. Quien lo escribió ignora, seguramente, cuál es la relación, conflictiva, compleja, dolorosa, de un artista con el fenómeno impuro que subvierte el viejo orden.



Un mágico momento de tranquilidad en un taller de sastrería alemán, captado por August Sander.

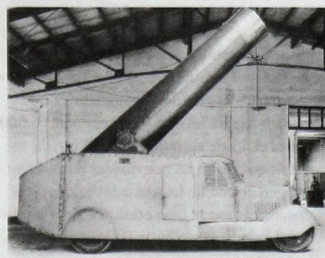
Trabajadores del mundo

POR JUAN FORN El epígrafe de la foto dice escuetamente: "Un mágico momento de tranquilidad en un taller de sastrería captado por August Sander en 1924". Hay una poderosa serenidad en la imagen, que lleva a pensar en dos de los signos silenciosos del siglo que termina: la evolución del trabajo calificado y, por debajo, la falta de trabajo (en la Alemania de Sander, al borde del crac, en la aldea global de hoy). De las fábricas a las oficinas, los distintos escenarios laborales del siglo tuvieron una característica en común: no sólo la combinación creciente de artesanía y tecnología, sino la combinación de tareas en equipo. Trabajar con otros, convivir durante horas con extraños, desarrollando una extraña intimidad, al punto de compartir, muchas veces, más tiempo cotidiano con ellos que con los "seres queridos". La ironía es ésta: lo que muchas veces nos pareció concupiscencia o promiscuidad laboral ha terminado siendo, en este final de siglo, casi la única manifestación concreta de la idea de fraternidad, de solidaridad.

Todo indica que, en el nuevo siglo, cada uno trabajará más insularmente: esa concupiscencia o promiscuidad laboral será con máquinas, más que con otras personas. ¿Qué resultará de esa nueva relación? Al menos una cosa evidente: que la idea de solidaridad, de fraternidad, deberá redefinirse necesariamente. Inquieta ver languidecer un concepto tan poderoso, tan aparentemente necesario, un concepto que fue motor de la Historia por sí solo apenas un siglo antes. Mirando panorámicamente hacia atrás y hacia adelante en esta encrucijada entre dos eras, es la idea que tenemos de los demás lo que pide a gritos una rectificación. Nos ha tocado la eventualidad de vivir, de estar *presentes* durante un cambio histórico; sería de lo más necio darle la espalda mientras ocurre. Esto es: no considerar esa rectificación de la idea que tenemos de los demás como algo que debe ser realizado meramente por *la época*, sino como una asignatura personal, para que cada uno de nosotros sea algo más que un observador pasivo del tiempo que le tocó vivir. ■

Los extremos de la ciencia

Einstein explica a la prensa neoyorquina los avances en sus estudios del tema de la masa y la energía.



Arriba: vehículo blindado presentado por la Fiat en 1927. Abajo: Hirohito inspecciona los audífonos gigantes especialmente construidos para detectar aviones a distancia.



POR ABELARDO CASTILLO Ciertas fechas no carecen de importancia. Estas tres fotografías fueron tomadas entre los años 1927 y 1934. Dos de ellas tienen por lo menos algo que nos resulta familiar. En la primera, ese hombre con aspecto de gnomo benévolo es Albert Einstein, el genio decisivo de nuestro siglo. En la segunda, sobre un vehículo blindado, hay un objeto que parece un cañón. *Es* un cañón. Desafío al lector más imaginativo a que adivine qué representa la tercera.

Para evitar falsos suspensos, empiezo por ella. Es un artefacto japonés *–japonés*, téngase muy en cuenta el detalle–, es decir, inventado por la misma gente minuciosa que concibió el bonsai, popularizó los microchips e ideó las canchas de golf en miniatura. Se trata de un aparato para detectar aviones. La idea era más o menos la siguiente: una formación aérea sobrevolando, digamos, los cielos de una aldea situada a veinte kilómetros de la ciudad de Osaka, podía ser captada, con cierta anterioridad, por esa máquina. Parece razonable, sobre todo si *no* se piensa que unos cuantos teléfonos o radios dispuestos circularmente a cincuenta o cien kilómetros de cualquier centro podrían haber dado lugar, con instantánea eficacia, a la siguiente comunicación verbal: “Celeste Majestad Imperial, en este preciso momento una honorable escuadrilla enemiga está pasando por encima de mi casa: escóndanse o reviéntenlos cuando lleguen allá”.

El cañón, ya dije que es, efectivamente, un cañón. Pero no un cañón cualquiera. Lo inventó la Fiat y su propósito era arrojar gente. Más precisamente, soldados. Se introducía un patriota en el tubo y se lo catapultaba sin asco hacia las trincheras adversarias. Yo sospecho que después de cañonear repetidamente al enemigo, los mariscales italianos comenzaron a notar que en realidad lo que mermaba, por natural colisión contra la corteza terrestre, eran sus propias tropas. Tal vez en ese momento volvieron a poner en uso, o a inventar, el tradicional proyectil de fierro.

Mientras los coléricos hombres de guerra de nuestro siglo imaginaban estas máquinas infernales, en la desmelenada cabeza del pacífico hombrecito de la primera fotografía ya germinaba la teoría corpuscular ondulatoria, la refutación del universo euclidiano, la abolición del tiempo y el espacio metafísicos, y, por qué no, la fisión del átomo. Se ve que algo de eso les está explicando a los periodistas que lo rodean. El de la izquierda, también se ve, no anota nada: simplemente se ha dormido. El primero de pie, empezando de la derecha, tiene la boca abierta. El señor carón que está junto a la lámpara ya ni siquiera mira al hombre que habla. Se ríe. Risa de pensar: *Este viejo está loco*. Y ahora recuerdo una anécdota, que quizás es apócrifa pero viene al caso. Una vez se les hizo un masivo homenaje público a Einstein y Chaplin. Iban juntos, en un auto descubierto. Chaplin estaba desconcertado: la multitud aplaudía a rabiar. Einstein se volvió hacía Carlitos y le dijo al oído: “No se preocupe, a usted lo aplauden porque lo entienden todos, a mí porque no me entiende nadie”.

La balada de los libertarios


Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, esposados, durante el juicio en que serían condenados a muerte

POR ENRIQUE MEDINA El acromatismo de la imagen no los singulariza, ni ratifica la realidad: la diluye. Se asegura que una foto dice más que mil palabras, pero en este caso el dicho no alcanza. Porque aunque Vanzetti tenga el gesto desafiante y saque pecho, y el sobretodo abierto deje paso al aliento libertario, y tenga la gorra iluminada logrando un punto de oro referencial para ser el principal protagonista, aunque posea incluso el exquisito gusto del moñito –en lugar de la corbata universal– y el puño izquierdo plenamente iluminado como la gorra, opacando la lánguida mano derecha de Sacco y su puño izquierdo que en verdad no es puño sino pretexto para sostener un anónimo sombrero; aunque Vanzetti aún en su última afeitada cuidó el corte del bigote al estilo Nietzsche –del que conocía toda su obra y por lo cual estaba aprendiendo alemán para disfrutarla en su lengua original–; muy a pesar de todo ello y de otras elementalidades menos registradas, Vanzetti no pensó en el detalle que sí pensó Sacco, a pesar de su rostro achatado por la concentración de la luz en su frente, de su abrigo recto fuera de moda –que imponía el cruzado–, de su obediente posición enfrentando la cámara, sin mirarla, a pedido del fotógrafo Julien Loubet (inmigrante francés que siete años más tarde correría la misma suerte que los libertarios, por asesinar a la mujer y sus cuatro hijos). Lo que Sacco pretendía no pudo explicitarlo al juez de la causa, William Twickenham (a la derecha de Vanzetti): el magistrado aceptaba salir en fotos pero se negaba a mantener el mínimo diálogo con "esa gentuza extranjera". Sacco pudo hablar con uno de los segundos del juez, Jack Gianneo (con sombrero, detrás de Sacco en la foto), italiano como ellos, que escuchó y transmitió el mensaje:

–Quieren morir fusilados.

El juez se reacomodó con parsimonia en su asiento y el silencio de la mirada estranguló las últimas palabras de Jack Gianneo:

–Como hombres, dicen.

La lámpara del escritorio emitía un brillo violáceo sobre los ojos del juez, que movió la mano mansamente en contraste con el cuello hinchado de furia. Este clima confuso convirtió a Gianneo en cautivo de lo que decía. Además de saberse imbécil, sentía una inmensa dificultad al tragar saliva, parpadeó como quien no entiende la inesperada contradicción de las cosas y, soportando la aguja en la carne, escuchó las palabras del juez:

–Tráigame cigarrillos, y café.

Aunque las pruebas del crimen eran insustanciales, Sacco (zapatero) y Vanzetti (vendedor ambulante de pescado) fueron sentenciados a muerte, acusados de asesinar al tesorero y al guardia de una fábrica de zapatos en Massachusetts y escapar con 16.000 dólares el 15 de abril de 1920. El jurado tuvo más en cuenta las actividades políticas y el origen étnico de los acusados que las evidencias. El caso se hizo célebre y emblemático y el Estado se vio en la obligación de crear una comisión para estudiar el caso. Pero el veredicto fue ratificado y el 23 de agosto de 1927, contra la voluntad de los reos de morir como hombres, fueron electrocutados "como ratas", según la expresión del juez de la causa.

A cincuenta años de la ejecución, en 1977, Michael Dukakis, gobernador de Massachusetts, declaró, luego de revisar el caso, que "toda deshonra sobre sus nombres debe ser eliminada para siempre".


Mao, flanqueado a su izquierda por Bo Gu y a su derecha por Chou-en Lai

La larga marcha

POR LILIANA HEKER El que se asoma detrás de la puerta –sonrisa a medias y la mirada burlona de quien sólo está condescendiendo al capricho del fotógrafo–, ése de la actitud negligente, ya ha escrito sobre el poder revolucionario del campesinado, ya ha inaugurado para el socialismo la guerra de guerrillas, ya ha cofundado, y le ha impuesto su marca, al Partido Comunista de su patria, ya ha encabezado la Larga Marcha, diez mil kilómetros de travesía que los han traído, a él y al resto de las fuerzas comunistas, hasta Yen-an, donde se está centralizando la lucha y se encuentra la vivienda detrás de cuya puerta él asoma, semisonriendo, flanqueado por Chou-en Lai, a quien se ve abiertamente satisfecho con la ocurrencia del fotógrafo, y por Bo Gu, un poco rígido, tal vez no del todo convencido de que esto de sonreír para la foto sea un buen acto antiburgués.

El que sonríe a medias no está ni preocupado ni satisfecho. Parece saber que la cuestión no pasa por ahí. Lo aguarda un tiempo interesante. El año próximo (ahora, cuando los tres miran a la cámara, es una mañana de 1936) los japoneses invadirán China y el que asoma por la puerta se mostrará en plenitud. Liderará la defensa de su tierra, revitalizará con sus teorías el pensamiento marxista y, antes de que la guerra termine, su influencia se hará sentir de tal modo que los miembros del Partido Comunista Chino, de veinte mil que son esta mañana de la foto, llegarán al millón. Un día escribirá que el imperialismo es un tigre de papel y ya actúa como quien está seguro de que es así. Dentro de trece años, cuando el siglo que le ha tocado en suerte esté promediando, conducirá la revolución popular más monumental de nuestro tiempo. Y empezará a ser, inconfundiblemente, Mao.

Ahora, asomado detrás de la puerta en Yen-an, recién empieza a dejar su huella en la historia. ¿Sospecha que, sesenta y cuatro años después, esa huella dibujará en buena medida la cara del siglo? ¿Que el concepto de Tercer Mundo y las luchas populares tendrán la marca que él les va a dejar? Tal vez lo sabe, por eso la mirada burlona. *Yo ya hice lo mío*, dice tranquilamente con los ojos para los que lo miramos desde la puerta del nuevo siglo. Y nos desafía a que tomemos la posta. ■

1925

Ojo al piojo

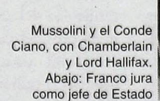


Hitler visitado por acólitos en su celda de la prisión de Landsberg

POR REP Ahora que, dicen, se acabó el siglo de Él, se vuelve más cómodo y distante hablar de quien, según esta foto, parecía un pobre angelito versión 1925. En este instante captado aún era todo evitable: la placa fue tomada en la prisión de Landsberg, donde Hitler cumplió nueve meses de detención (de una condena de cinco años) por haber intentado el *putsch* de Munich. En la foto –posada, aunque sea en prisión–, Adolf no nos mira; sus secuaces Kriebel y Maurice sí. Él mira más allá, hacia su futuro, a la Alemania Grande que lo espera como a un Mesías. Mira hacia la organización del partido nazi, la toma del poder, la dictadura, las anexiones de Renania, Austria y Checoslovaquia, los juegos diplomáticos, el Eje, Mussolini, Franco y Japón, la invasión de Polonia, la guerra mundial que limpiará la humillación de la anterior guerra mundial; está viendo la rendición francesa en el vagón de Versailles y los ataques a Gran Bretaña y Rusia; y, sobre todas las cosas, está soñando el Holocausto judío y todos sus otros revanchismos personales. Mientras tanto, en algún otro cuarto cercano, el lacayo Rudolf Hess espera que Hitler vuelva para seguir dictándole su próximo best-seller, el *Mein Kampf*. Mirada límpida, pelo lacio y renegrido cayendo sobre su frente; postura de asilo; corona de laureles y ojos profundamente claros. La mirada, los ojos: ojo al piojo. R

1936

¡Arriba la mano!



Mussolini y el Conde Ciano, con Chamberlain y Lord Hallifax. Abajo: Franco jura como jefe de Estado



POR RUDY El saludo era una herramienta que utilizaban los fascistas para torturar a sus amigos y camaradas (no hablaremos aquí, por razones de buen gusto, de las herramientas que usaban con sus enemigos). Consistía en levantar el brazo derecho todo lo que se pudiera, y decir ciertas palabras, que podrían significar: "¡Coño, otra vez me olvidé de ponerme desodorante!", o algo así. Era una tortura por dos razones: 1) tratándose de fascistas y nazis, si no fuera una tortura la hubieran desechado (¿qué sentido tendría para ellos hacer algo que pudiese beneficiar, o al menos regocijar, al prójimo?); y 2) era una tortura porque era obligatorio. Quiero decir, en la Alemania nazi si no levantabas tu brazo derecho para responder a otro brazo derecho, podías ir preso. Y eso si tenías suerte. En Italia eran más "civilizados" e invitaban a los no fascistas a cenar. El menú: aceite de ricino.

Franco (el pequeñín que levanta mucho el brazo) y Mussolini (de negro y con gorra, arriba y más a la derecha, si eso fuera posible) aparecen en estas fotos, que si presentan algún defecto, sabrán disculpar: el fotógrafo se vio obligado a levantar el brazo derecho mientras las sacaba, por obvios motivos.

Cabe preguntarse de dónde viene semejante saludo. Quizás haya sido Francisco Franco; se dice que él levantaba su brazo derecho como truco para parecer más alto que el resto de sus generales en la foto. Pero cuando uno intenta ser líder carismático, debe soportar el karma de que los seguidores lo imiten en todo. Con lo que, al levantar el brazo los demás, Franco volvía a su inocultable pequeñez. Si en lugar de levantar el brazo derecho se le hubiera dado por la zarzuela, quizá la guerra hubiera terminado de otra manera.

Lo que sí se sabe es cómo terminó el saludo: en 1945, Mussolini intentó escapar disfrazado, pero fue atrapado por guerrilleros, que lo distinguieron desde lejos por el brazo en alto: "Qué raro. Sí, para que no me reconocieran, alcé el izquierdo", comentó el Duce. Había estado ensayando dos horas frente a un espejo para no equivocarse. "Es que frente a un espejo, la izquierda sale a la derecha", le explicaron a modo de última voluntad. R



Una mascarita de Stalin, en un baile de disfraces en Nueva York, registrado por la cámara del gran Weegee.

La izquierda perpleja

POR MARTIN GRANOVSKY Se llamaba Maresiev, Alexei Maresiev, y su historia como aviador soviético en la Segunda Guerra era sobrehumana. Una descarga de metralla le pulverizó las piernas, pero Alexei se reentrenó, volvió a volar con prótesis y venció en un legendario combate aéreo. El relato, escrito por el periodista Boris Polevoi, se llamaba, claro, *Un hombre de verdad*, y cientos de miles de jóvenes de izquierda lo leyeron en todo el mundo. Sentían por Maresiev el mismo deslumbramiento que una generación anterior había experimentado por Stalin, a tal punto que en 1943 era normal (ver la foto) que un buen liberal norteamericano se pusiera la máscara del jefe comunista soviético para un baile de disfraces en Nueva York. Stalin era, en 1943, el heroísmo de los obreros y campesinos, la entrega de la vida incluso por Occidente. Stalingrado, el último freno posible al nazismo. La victoria. Y, a la vez, Stalin no era aún, en la mente de quienes se disfrazaban en 1943, muchas otras cosas que luego sería para la historia: los campos de concentración, la biología con espíritu de partido, el nacionalismo pan-ruso, el antisemitismo.

De la Revolución de Octubre en adelante, el socialismo fue uno de los grandes sueños del siglo. Y, durante la Segunda Guerra, Stalin pareció representar el casamiento entre el socialismo y la supervivencia del género humano bajo una representación opuesta a la de Adolf Hitler. En realidad, muy pronto quedó claro que esa representación sería desconocida por todos. Tras la victoria de 1945, los amigos del capitalismo consideraron a Stalin, otra vez, jefe del enemigo. Y los amigos del socialismo fueron reconociendo, poco a poco, que esa versión religiosa del marxismo pulverizaba el laicismo político de Marx. Stalin quedó como la caricatura del dogma, dentro y fuera de la Unión Soviética, y un modo stalinista de hacer política –política por pura voluntad, política sin individuos concretos, jacobinismo exacerbado, política sin medición popular de representatividad– se extendió a todo el mundo, América latina incluida.

Ni los chinos, últimos stalinistas explícitos del mundo, reivindican ya la figura de Stalin, pero tenues formas de stalinismo surgen cuando la nostalgia sufre por la falta de máscaras para el baile. Y a veces, por puro romanticismo, alguien termina colocándose los bigotazos del georgiano, cuando sólo quisiera ponerse por un momento el disfraz del piloto Maresiev. El comunismo ha pasado y murió con el siglo, pero la perplejidad de izquierda seguirá con los años. Acaso sea una de sus señas de identidad.



Maradona con la copa luego de que Argentina se coronara campeón del mundo en Mexico 86.

El ser nacional

POR DANIEL LAGARES John Lennon dijo que Los Beatles eran más famosos que Cristo. Tenía razón, pero no pudo evitar el escándalo. Diego Maradona también fue más famoso que el delegado del Cielo en la Tierra, pero no tuvo necesidad de decirlo. Era evidente. Fue él quien parecía tener línea directa con el Paraíso y con el Infierno al mismo tiempo. En este siglo no hubo otro argentino que hiciera más felices a los argentinos que Maradona y tampoco quien representara mejor ese "ser nacional" forjado desde que los abuelos inmigrantes bajaron de los barcos. Se ha ganado el altar pagano en taxis y colectivos que llevan su fotografía –quizá como la de esta página– haciéndole compañía a Gardel y componiendo el dúo impostergable de la devoción popular.

Maradona fue, apenas, un jugador de fútbol. Fue también mucho más que eso. E invalida el absurdo cotejo de las categorías: ¿un futbolista puede tener más valor que un científico, un escritor de nota, un plástico o un músico? A cada cual su corral y su feligresía. La diferencia está en la clase del personaje. Maradona es, un poco, todos los argentinos. ¿Quién no ha escuchado la frase "acá se necesita un Franco o un Castro" cómo máxima cita de las contradicciones nacionales? Maradona es invitado de lujo del Comandante, pero también se abrazó con Menem y salió al balcón de la Rosada en los tiempos pueriles del Juvenil '79, cuando dictaba Videla; en el '86, cuando Alfonsín pedaleaba sobre la inestabilidad económica y social; y en el '90, cuando Menem soñaba su imperio eterno.

Fue Maradona el único que pudo romper las leyes islámicas y obligar al rey Fahd a que permitiera el ingreso al estadio de doña Tota y la Claudia cuando jugó un partido en Arabia Saudita. ¿Qué cosas no haría un argentino por la vieja? Probó todo, bebió los mejores vinos, se sentó a las mesas más pantagruélicas, tuvo las mujeres que quiso, pero siempre fue fiel a ese mandato de permanecer "en casa y con la familia". En él convivieron el licencioso más abyecto y el padre más abnegado, el yin y el yang porteño, la biblia y el calefón guardadas en el armario de cualquier vestuario junto a los botines y la camiseta.

Maradona es perfectamente imperfecto y atemporal. Si su esplendor hubiera sido en otra época del siglo, habría estado en la cena de gala junto a la Infanta en los fastos del Centenario, o habría coqueteado con Regina Pacini sin que don Marcelo lo advirtiera. O se habría ido de parranda al Tabarís y al Tibidabo con Moreno, Labruna y Tucho Méndez. Pichuco le habría dedicado un tango y habría sido copiloto de Fangio o Gálvez. Habría estado al lado de Evita a la hora del renunciamiento y a las 20.25 del día señalado.

Hoy, Maradona ya no juega y envejece lentamente, como todos. Alguien ha sugerido una muerte súbita y trágica para que pase definitivamente a la eternidad. No es necesario. Maradona resume las miserias de este pueblo y también los costados de humanidad por donde entrarle a ese casi indescifrable ser nacional. Si alguna vez, en el desfile hacia el Cielo o el Paraíso –lo mismo da–, la delegación argentina necesita quien lleve la bandera celeste y blanca, ya se puede advertir que es Diego Maradona quien camina delante de la multitud. R



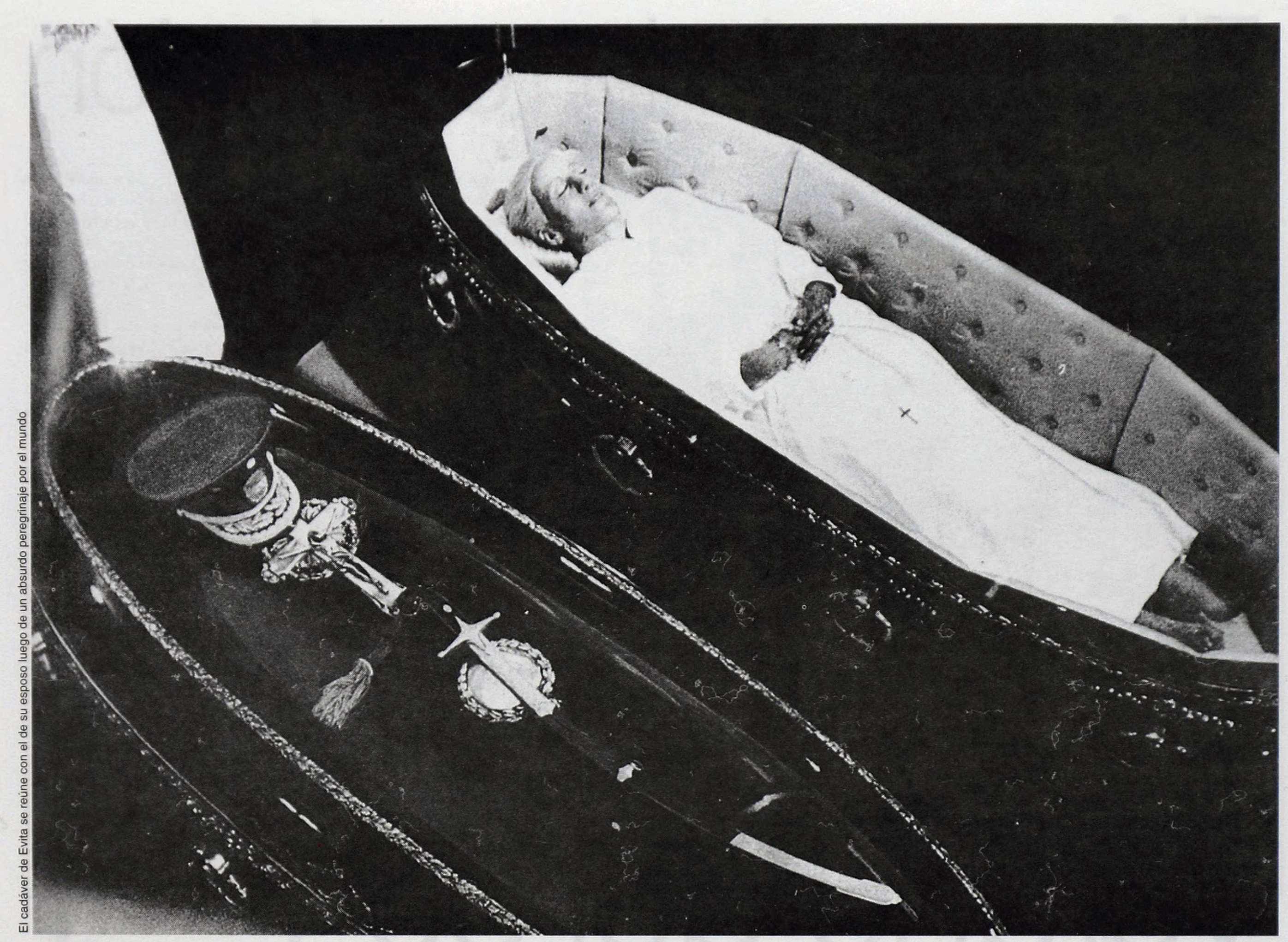
Un paseo por la nada

POR LUIS BRUSCHTEIN El tipo flota en el espacio. Está en el limbo, es un volador, colgado o escapista, una burbuja fugitiva y solitaria que circula en un territorio donde no tendría que ser. Es el primer vuelo espacial libre, sin cordón umbilical. Es el capitán Bruce McCandless en 1984. Es el capitán Beto, después de que la humanidad pisó la luna en 1969. Como si el sentido de la civilización fuera la reivindicación del número uno: el capitán en el espacio es la celebración del uno. El tipo representa un sueño inquietante. Toneladas de combustible líquido y millones de dólares lo pusieron en un lugar donde cualquiera estuvo, en alguna noche deplorable, y sin tanto gasto: flotando en la nada, lejos de todo, irremediablemente solo.

El capitán Bruce McCandless es también actor de una metáfora. Durito en su escafandra, figurita recortada en el fondo negro del universo, con agujeritos de miedo en la panza, representa la victoria deslumbrante del ingenio humano y su asociación celebrada e indiscutida con el Creador. Es la victoria de una civilización donde la mayoría de sus cosas no tienen explicación. O donde sus cosas se explican por el absurdo. Es decir, la lógica está en la explicación de por qué las cosas no deben hacerse como se hacen. Como el mundo bizarro de Superman. Esta supercivilización manda al capitán con unos cohetitos patéticos a darse una vuelta por la nada. Y así, una sociedad que no sabe convivir en su planeta comienza la desaforada conquista del espacio infinito y de millones de planetas. Si verdaderamente existiera un Derecho Universal, esta civilización no tendría el derecho de hacerlo. Si uno fuera marciano, daría miedo.

Mirándolo bien, el tipo la pasa bomba ahí arriba mientras abajo todo es un lío. Se despedaza el planeta para producir más bienes, el más eficiente es el que destruye más y reparte menos y acumula tanto que ni en miles de vidas podría disfrutarlo y hay cientos de miles que se mueren de hambre. McCandless flota en el espacio y menesterosos de América latina, Asia y Africa lo ven maravillados por televisión desde hormigueros contaminados donde pululan las pestes y la violencia. La humanidad corre tras nuevos horizontes. Este mundo bizarro se lanza al universo como sarracenos con la cimitarra entre los dientes. Aplicará las mismas leyes que lo rigen: las de la fuerza, el poder y la riqueza, el derecho de conquista. McCandless en el espacio parece un pirata al abordaje. Seguro que esta foto del capitán chapaleando en el vacío es más famosa en el mundo exterior que en la Tierra. A los extraterrestres, si es que tienen pelos, se los habrá puesto de punta: el hormiguero salvaje comienza a desbordar, es 1984, la fantasía de Orwell se proyecta al espacio, se acabó la paz en el universo. R

Bruce McCandless, el primer astronauta en flotar en el espacio sin conexión alguna con la nave.


El cadáver de Evita se reúne con el de su esposo luego de un absurdo peregrinaje por el mundo

La bella durmiente

POR MARIA MORENO "Evita vive", decía el slogan. Pero hoy ¿en qué sentido? En 1952 el doctor Pedro Ara hizo de ella un cadáver momificado, como testimonia la foto, cuyo destino sería ser exhibido para siempre *tal cual era*, en un gran monumento que la performance política radicalizó hasta tal punto que una embalsamada se dedicó a viajar por el mundo en féretro cerrado, superando los exabruptos corporales de Orlan. En su libro testimonial Ara lo consignará todo: sus quejas porque algún comedido había instalado un aireador en el féretro para evitar el empañado de los cristales, sus largas vigilias del '55 –como el ladrón de trenzas ama al peluquero con que comercia, él amará a sus guardias, a quienes adjudica dotes de *madrecitas*–, las cachaduras con que le devolvieron su obra luego del deambular injurioso y el entierro a merced de las tormentas y el aire fatal. Es desde la ciencia que habla Ara. Y jamás sospecha, ni siquiera en su angustia nocturna bajo el zumbido de los aviones de la Libertadora, que hay en él algo de esteticismo maldito a lo Edgar Allan Poe o Madame Tussaud. El cuerpo que aparece en la fotografía, monacalmente cubierto por última vez con una túnica, es también signo de una transmisión deseada: Evita no usó las joyas y las condecoraciones como privilegio sino como representación. Como diciendo que, si ella llegó, abre camino a *cualquiera*, porque ella, *una cualquiera*, era reina entre los reyes, aun los de la Iglesia. Evita aseguraba que, cuando muriera, esas joyas servirían como garantía al pueblo para la adquisición de bienes. Así completaba la operación mítica: lo que tenía no lo tenía *en lugar de ellos*; era algo que ella tenía *de ellos*, que habían sido usurpados, y que les sería devuelto luego del pasaje purificador por su cuerpo de "plenipotenciaria", de "ministro de los humildes". Si la muerte ha trabajado a Evita por despojamiento, espiritualizándola, la acción de la taxidermia la construyó pequeña y perfecta como una miniatura o un macrosouvenir. La obra del embalsamador sostiene la superstición de suspender la vida en su último instante. Su imagen es la de un objeto hiperrealista, pero su prueba es precisamente lo que no se ve: los órganos intactos. Sin embargo, la vida biológica es flujo, reflujo y transmutaciones: algo que sobrevive a la muerte. Si, en el caso de Eva muchos alucinaron que se trataba de una estatua y no de una momia, es porque su cuerpo impedido de seguir los trabajos de la naturaleza es ya un artificio puro, sin ningún referente *natural*. Su embalsamamiento puede traducirse en *vida eterna*, claro que *literalmente*: porque no se embalsama para sepultar. Y, sin embargo, en la Recoleta, como una nueva burla a la oligarquía, mientras el cadáver de un general manco se ha podrido hasta el hueso, el de una ilegítima no envejece. Quizá sea necesario que la ciencia –la misma que traza mapas con la sangre a fin de restituir la verdad en las identidades usurpadas– libere a Eva de su encantamiento para devolverla a la corrupción de la carne, si no a través de un beso como a la Bella Durmiente, al menos pinchando esa ficción conservada en formol para inscribirla en la historia. R

El futuro de la revolución


Fidel Castro recibe una sorpresiva manifestación de simpatía por la revolución

POR LUIS GUSMÁN No se podrían reducir cuarenta años a una foto. Y mucho menos una revolución. Toda la foto plantea la contradicción entre una imagen congelada y el movimiento como una espacialización del tiempo.

Es difícil mirar la foto sin que la foto nos mire, nos interpele con el ojo de la historia y nos transforme en testigo de ella.

En el fondo, bajo la forma de un cuadro que nos ofrece un paisaje de veleros en un puerto de cualquier lugar del mundo, aparece la foto dentro de la foto. Y vemos cómo toda la escena se duplica.

Si uno piensa la composición en términos geométricos es posible detectar una figura triangular, donde un niño mira a Fidel, que a su vez mira a otro niño.

Los chicos, que están acompañados por una especie de dama de compañía, llevan puestas barbas postizas –que, con los años, se volverán reales– y muestran lo que en toda foto no está. Pero si miramos detenidamente la imagen, nos encontramos con esos niños de otro tiempo que se hicieron revolucionarios antes de poder decidirlo. No se trata de La Cruzada de los Niños, ya que a veces la historia no suele ofrecer opciones. La foto nos anticipa también una idea de duplicación y de multiplicación que revela el carácter siniestro de la reproducción en serie. La escena contrasta con la imagen de Fidel, ese líder solitariamente social, obstinado en principios con los que pudo hacer una revolución, sostenido en un estilo político que excede cualquier rasgo que se quiera reducir a una característica personal, como el carisma.

Seguramente, esos niños hoy son hombres. Sus gorras los vuelven un poco soviéticos. Está el que mira con curiosidad a Fidel, pero por la composición también está el otro niño que mira el ojo fascinante de la cámara.

Se podría decir que Fidel avizoraba en esos rostros el futuro de la revolución y que ellos, que ignoraban el suyo, sólo veían un hombre llamado Fidel.

Verano del 59


Liz Taylor en la adaptación cinematográfica de *Súbitamente el último verano*

POR DANIEL LINK Ella, una de las mujeres más lindas de la historia del cine, una belleza pesada que ha conocido todos los excesos, está sentada en un bar de mala muerte en una playa seguramente latinoamericana, como si estuviera en alguna *piazza* esperando su capuchino, perdida, ignorante de lo que sucede, sin saber la profundidad moral de su hundimiento. La acompaña un hombre. O mejor dicho: ella acompaña a un hombre. Su trabajo es acompañarlo y –lo sabremos al final de la truculenta pieza de Tennessee Williams *Súbitamente el último verano*– servirle de pantalla para sus cacerías homosexuales. Presa como está de una vida falsa, ella no ve las manos de la miseria, pidiendo (reclamando) detrás de una alambrada. Elige no mirar esos cuerpos deshechos de rencor, pero no puede no oírlos gritar, aunque no los comprenda. Hay una tensión en su cara y en la mano apoyada sobre su pecho y esa tensión expresa como ningún otro signo los dramas de la conciencia que el Arte del siglo XX utilizó como motor.

De algún modo, ella comienza a comprender el papel que juega en la tragedia de ese hombre, hasta dónde sería capaz él de llegar para satisfacer sus apetitos, el valor de un par de monedas en un país subdesarrollado.

Lo que ninguno de los dos ha calculado –es 1959, y *Súbitamente el último verano* comparte estrellato fotográfico con el ascendente Fidel Castro– es el furor de esos cuerpos al borde de la humanidad, fuera de cuadro. Esos que terminarán por matar al hombre a pedradas y devorarán sus restos, en un acto que relaciona canibalismo, lucha de clases y deseo tan melodramáticamente como ninguno de los herederos de la imaginación barroca y el extraño sentido del humor de Tennessee Williams –Almodóvar, Fassbinder– se hubieran atrevido a postular.

La tragedia envuelve a esa mujer atrapada en una red de mentiras ajenas. El pecado de todos los personajes involucrados en el drama es precisamente la frivolidad: haber quedado presos en un sistema de convenciones ajenas, de los otros.

Sólo un milagro (la verdad) salvará a la bella de la cárcel o la lobotomía. A los otros, no los salva ni Castro.

La gesta del pelo suelto

POR MATILDE SÁNCHEZ El mentón levantado, abiertos o cerrados, los ojos siempre húmedos, en trance —el punto de vista debajo de su objeto produce una cara como en escorzo–, es el gesto de la adoratriz, el retrato de la pasión femenina. Pero ésta es también la historia del peinado, la marcha del pelo suelto. En los 60, las mujeres abandonaron para siempre la naturaleza, en favor de una artificialidad liberadora. La industria química les reservaba, entre otros adelantos, la laca en spray y el fijador sintético, en reemplazo del nauseabundo olor de la cerveza, usada durante siglos para sostener el batido. La sexualidad se soltaba así, con dos gestos en un solo tiempo: ellas ya podían perder la cabeza sin despeinarse, ofrecer su pasión a quien quisieran y asumir, seguras, el primer plano... Hace años conocí a una exiliada en singular; una exiliada de la pasión por los Beatles. Quisiera ubicarla ahora en esta primera fila de fanáticas. Ella está bien y vive, bajo un increíble nombre, en Rhode Island. Es cónsul honoraria en Providence, una ciudad que tiene más de provincia que de providencia y no está a la altura de su fama, que debe, por capricho, a una película genial.

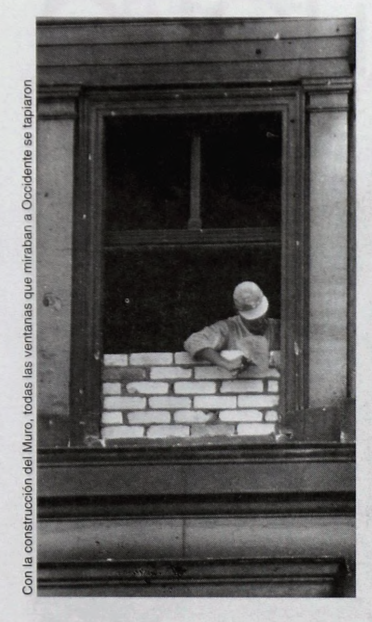
Zoila Guerra tiene unos ojos enormes, con el típico sesgo triste de las cabezas de piedra olmecas. Viniendo de una familia acomodada de Guatemala, sintió muy pronto el llamado a ser moderna. En plena Beatlemanía, en febrero de 1964, al enterarse de que los Beatles harían su primera gira en los Estados Unidos, consiguió una visa de ingreso a través de un tío influyente. Ocurrió que, mientras ella vivía sus días de furor en Norteamérica, colada en el club de fans que seguía a la banda a todas partes (ella, con la cabecita suelta pero bien fijada a la laca en medio del tumulto), estallaba en su país uno de los tantos levantamientos militares. Los mundos paralelos, el de un golpe militar y el de la apoteosis discográfica. A raíz del golpe, por unos meses Zoila no pudo volver.

Un año después su familia, muy activa políticamente, todavía sufría persecución. Con su figura de duende de volcanes y esos ojos de plato, Zoila se resignó a una larga temporada en el extranjero. *Yo había quedado varada en una vida que no me pertenecía*, dijo la noche que la conocí. *Pero no había ninguna tragedia, el episodio era, en verdad, de lo más ridículo. Y yo no vivía como una refugiada, sino como una especie de agente, infiltrada en la modernidad.* Acto seguido desarrolló una teoría muy graciosa sobre la sustitución de su destino por otro fortuito, usurpador, que había puesto la psicodelia en el lugar de la política, el LSD en el del TNT, el libreto de una comedia a cambio del drama. (Después nos contó de una peluquería frente al Carnegie Hall, que ofrecía el corte de pelo de la banda de Liverpool, de manera que todo el día se veía salir a los muchachos americanos peinados a lo Beatle.) Zoila —*¡pero es que yo era hippie, Zoila Guerra era la paz!*— acabó desafectándose por completo de los torbellinos de su país, donde los acontecimientos no le parecían un signo de progreso ni nada. Vio recitales de los Beatles y después a otros, su propio nombre se le había vuelto extraño. De hecho, después del primer azar, decidió desterrar cualquier sorpresa de su vida. Cuando la conocí acababan de cumplirse treinta años de su emigración forzada, de aquella gira histórica de los Beatles y, por lo tanto, de uno de los muchos levantamientos de su país, al que no volvió cuando su tío, Vinicio Cerezo, asumió como presidente, más que una vez, en ocasión de la muerte de su madre. *Y ya me hice a todo lo de aquí, como si hubiera nacido otra vez, en la vereda soleada de la Guerra Fría. Y ésa fue, en pocas palabras, mi gesta personal del pelo suelto.* ■



La Beatlemanía llega a Norteamérica

1961/1989


Con la construcción del Muro, todas las ventanas que miraban a Occidente se tapiaron

POR OSVALDO BAYER Al cumplirse los diez años de la caída del Muro de Berlín, diez trabajadores se pararon donde antes se erigía la irracional pared de cemento. Uno de ellos portaba un cartel: "Ahora tenemos libertad pero no trabajo". Frase que tal vez sea la mejor síntesis de veintiocho años con muro y diez años sin él. Un régimen logró trabajo para todos, pero detrás de un muro. El otro régimen logró eliminar ese muro, se quedó con todas sus empresas y fábricas y la divisa: flexibilización y ganancias. Hoy, las estadísticas hablan de miles de desocupados.

Tuve la singular suerte (?) de estar en 1961 cuando se edificó el muro. Las autoridades de la Alemania comunista habían invitado a los periodistas de todo el mundo a un congreso extraordinario sobre temas de la profesión: pero la noche en que llegamos nos despertamos con el rugido de mil camiones que rodaban por la Unter den Linden y todas las restantes calles que llevaban hacia el Oeste, a los límites del sector occidental. Esa mañana se nos adelantó lo que ya habían comunicado las agencias de todo el mundo: la ciudad iba a ser dividida en el medio por un muro, que separaría al Berlín comunista de los sectores occidentales. Nos llevaron hasta el lugar donde miles de albañiles trabajaban ya, con lajas y cemento mientras otros bajaban a todo ritmo los materiales de los camiones, que iban y venían. Otros tapiaban hasta las ventanas de las casas que daban a Occidente. Era algo increíble. Me pareció estar ante la filmación de *Metrópolis* de Fritz Lang, la joya del expresionismo alemán.

La explicación fue contundente: sin muro no se podía hacer el socialismo. El capitalismo, con sus cotizaciones de cuatro marcos orientales por cada marco occidental destruía todos los planes económicos de una sociedad solidaria: los habitantes occidentales tomaban el subte, llegaban al lado oriental y se llevaban todos los alimentos, por monedas, además de todas las provocaciones, los agentes y los sabotajes. Y lo peor: los jóvenes estudiaban gratis en la zona comunista y cuando se recibían se iban a Occidente a ganar el triple. Lo mismo los obreros especializados, los médicos, los ingenieros, los dentistas. Así era imposible planificar ningún futuro. Por eso el muro. En 1961 se comenzó a llevar a la realidad el socialismo. Con muro. Tema para una balada de Brecht y Weill. Pero se nos aseguró que el muro apenas iba a durar tres meses porque con él se iba a forzar un convenio con Occidente. Duró 28 años. También tuve la suerte de estar en Berlín en 1989 cuando las radios berlinesas anunciaron algo de ciencia ficción: el gobierno comunista daba permiso para dirigirse a Berlín occidental sin restricciones. El pueblo había vencido al muro.

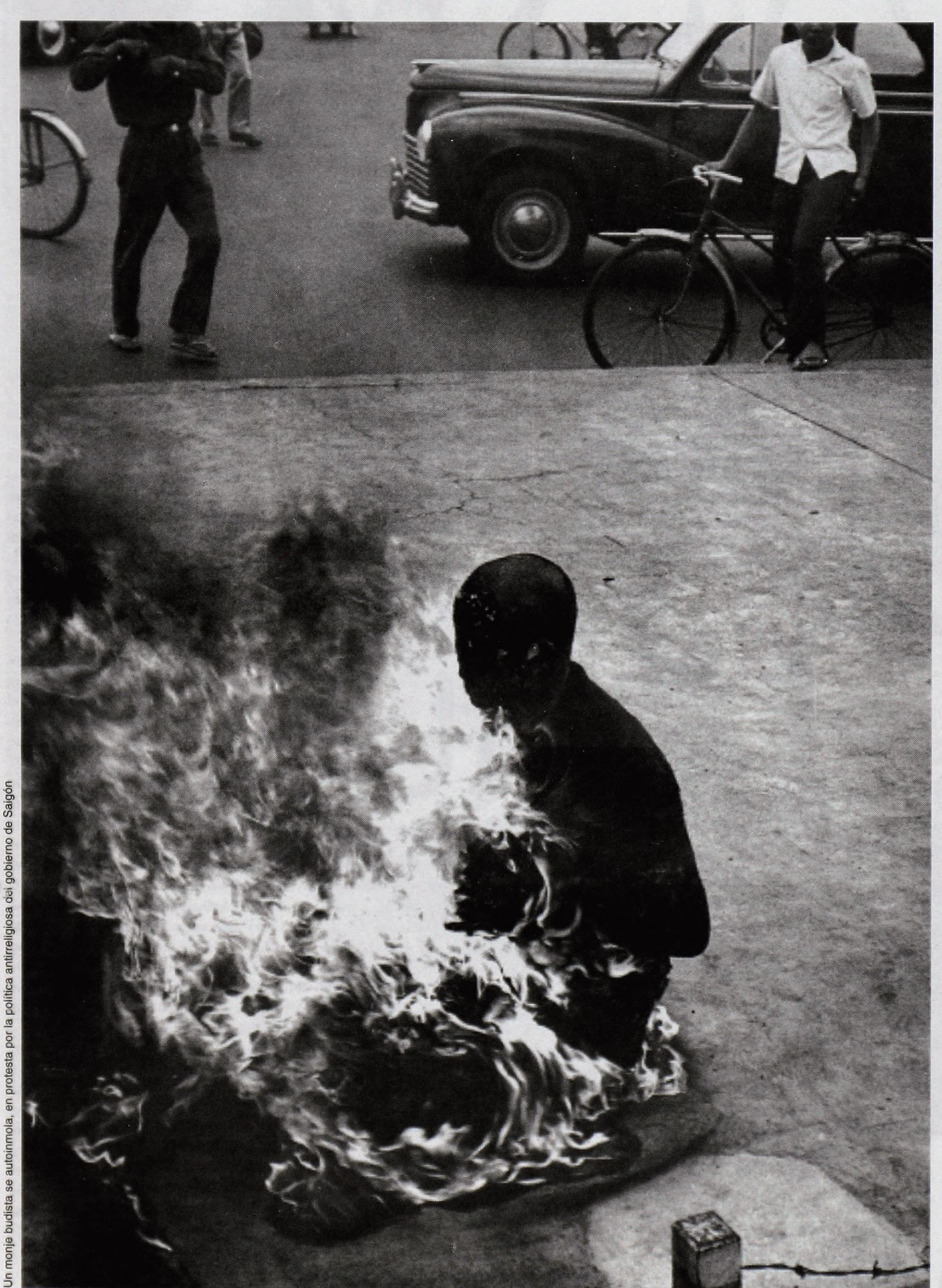
Viví mi exilio en Berlín occidental, con muro: esa isla. En el barrio Kreutzberg se respiraba olor libertario. El '68 parecía que había echado raíces para siempre allí. Artistas, vagabundos, soñadores, emancipadas, conspiradores, comediantes. Hoy he vuelto. Ya estamos en Nueva York: todo va para arriba. Hoy es capital, burócratas, inmobiliarias, eurodólares, comisionistas, restaurantes de ejecutivos, marginados, cabezas rapadas, botas. Tenemos libertad, que no es poco. También la libertad de poseer carnet de desocupado. Berlín no aprendió nada.

Historia de dos ciudades

El fin del Muro como frontera infranqueable entre Beerlin Oriental y Occidental

1963

El sacrificio



Un monje budista se autoinmola, en protesta por la política antirreligiosa del gobierno de Saigón

POR BEATRIZ SARLO Vietnam fue una colonia francesa hasta 1954. Ese año, los franceses abandonaron Indochina obligados por la derrota de Dien Bien Phu, la peor humillación europea en una ex colonia. El país quedó dividido en dos: en el sur, un gobierno pro-occidental, apoyado por Estados Unidos; en el norte, un régimen comunista encabezado por el héroe nacional Ho Chi Minh. Decenas de miles de vietnamitas emigraron de sur a norte y de norte a sur. El gobierno pro-occidental y católico del sur desató una persecución contra los budistas. Éste es el escenario político de la foto, que fue tomada en 1963.

En esos años, probablemente importaba más el conflicto político entre sur y norte que el conflicto entre católicos y budistas. Este monje ardiendo era el símbolo de lo que provocaba el colonialismo, más que del sacrificio religioso. Aunque las persecuciones religiosas fueron denunciadas por todo el mundo, lo que definía la foto era la idea de imperialismo.

Hoy podemos mirarla con otros ojos. Aquellos hechos se han reordenado y encuentran ecos en el presente. En primer lugar: las migraciones de pueblos campesinos que quedan atrapados en un conflicto político, que deben abandonar sus aldeas o son expulsados de ellas; esos pueblos a los que nuevos gobiernos les prohíben sus instituciones tradicionales y los integran a la fuerza o los expulsan: Vietnam del Sur como premonición de lo que sucede en la ex Yugoeslavia, en Chechenia, en Afganistán. En segundo lugar, las persecuciones religiosas eran, en la década del 60, fundamentalmente un tema de la derecha. El monje budista entregado a las llamas le servía a la izquierda para repudiar a Estados Unidos, que apoyaba a sus perseguidores, pero no fortalecía la idea de libertad de creencias. El cuerpo inmolado no era leído como testimonio de la fuerza espiritual de una religión.

En la diferencia de interpretaciones (una diferencia que puedo recordar en mi propia lectura de 1963 y ésta de 1999), el arte ha intercalado una imagen. Tarkovski, en el final de *Nostalgia*, muestra a un hombre impulsado por una revelación, prendiendo fuego a su cuerpo, casi grotescamente, mientras recita un mensaje que sólo es escuchado por algún mendigo y algún loco. Ese cuerpo del film de Tarkovski me permite entender hoy, de modo más intenso y menos unilateral, el cuerpo del monje budista, sobre el que el fuego dibuja un tatuaje mientras las llamas carcomen el triángulo perfecto de la posición en que ha elegido morir. R

1965

Llámenme Alí


Mohammed Alí ofrece zanahorias al "conejo" Floyd Patterson, antes de la pelea

POR EDUARDO PAVLOVSKY Cassius Clay fue una de las figuras legendarias del boxeo de todos los tiempos. Campeón olímpico de todos los pesos en Roma en 1960, representando a los Estados Unidos, en 1964 ganó el título profesional de la categoría máxima enfrentando a Sonny Liston. Sus dos peleas con Liston fueron memorables; lo mostraron como el peso pesado más completo de la historia del boxeo, capaz de vaticinar el round que iba a terminar con sus contrincantes. La velocidad y justeza de su *un dos* (izquierda seguida de derecha) no tenían antecedentes en esa categoría: Joe Louis hubiera parecido lento en sus envíos. El mismo año en que se coronó campeón mundial, abrazó la religión islámica y modificó su nombre. A partir de entonces se llamaría Mohammed Alí, haciendo todavía más evidente que su personalidad trascendía al boxeador. Sus convicciones ideológico-religiosas lo convirtieron en un orador carismático cada vez que tenía oportunidad de hablar.

En 1965 vence a Floyd Patterson en una verdadera lección de boxeo. En la foto se lo ve en otra de las facetas por las cuales se lo recordará: está ofreciéndole zanahorias a Patterson, a quien acaba de calificar de "conejo huidizo". Era un gran actor. Sus conferencias de prensa fueron siempre de una creatividad excepcional, sometiendo a sus adversarios a un resignado segundo plano. En 1967 se negó a participar como soldado de las fuerzas armadas norteamericanas en la guerra de Vietnam y fue despojado de su título de campeón. La ausencia de los rings tuvo sus efectos: esos años de inactividad le restaron parte de la velocidad de sus golpes. Incluso había modificado su estilo, refugiándose ahora demasiado en las cuerdas, en lugar de "bailotear" alrededor de sus adversarios, entrando y saliendo con sus golpes largos y poderosos. Quedaba la imagen de un boxeador excepcional, pero ya no era el mismo de antes. Esto se vio en su pelea con Foreman en 1975, cuando recuperó su título. En lugar de girar alrededor de su rival (como había hecho con Liston y con Patterson), prefirió recostarse en las cuerdas hasta que Foreman se cansó de pegarle en los guantes (y en la cabeza). Lo remató con un KO memorable, cuando Foreman ya estaba extenuado de pegarle. Norman Mailer escribió en su libro *El combate* la crónica de esta histórica pelea en Zaire. Todo lo que vino después fueron sólo destellos de aquel maravilloso boxeador de la década del 60.

Como anécdota personal diré que la revista *Semana Gráfica* me envió como cronista para su pelea con Bonavena en el Madison Square Garden en 1970 (la segunda de su retorno, después de la sanción que le arrebató el título). No olvidaré jamás sus ojos de desprecio y de odio cuando lo llamé Cassius Clay. Pocas veces me sentí tan humillado. Estábamos solos en el ring del Madison, tres horas antes del combate. Él caminaba el ring y probaba las sogas del cuadrilátero donde iba a enfrentarse en aquel memorable combate con nuestro queridísimo Ringo. Era imponente. Pero ya no era el mismo. Bonavena le aguantó quince rounds; una tremenda izquierda lo tumbó sobre el final. Para mí, esa pelea marcó el comienzo de su lento y perezoso descenso. Pero fue un grande entre los grandes. A no olvidarlo.

Hoy, pese a su enfermedad parkinsoniana (los golpes de FrazierNorton.Spinks-Holmes tuvieron sus efectos) ostenta el cargo de embajador internacional de la coalición *Jubileo 2000*, compuesta por organizaciones no gubernamentales y grupos religiosos que exigen la condonación de las deudas externas de los países más pobres. Todavía sigue arriba del ring. Mostrándonos su lucidez y su ética.

1966

Rusos


Stravinsky recibe a Rostropovich en una visita a Estados Unidos

POR DIEGO FISCHERMAN Un viejo chiste de la época de la Guerra Fría definía a un cuarteto de cuerdas soviético como una orquesta sinfónica que volvía de actuar en Occidente. Mstislav Rostropovich, Premio Lenin 1964, se radicó en Estados Unidos diez años después y llegó a ser el director titular de la Sinfónica Nacional de Washington. Igor Stravinsky lo había hecho antes, en 1945, después de haber huido de la Revolución y de sus estadías en París y Suiza. El primero, cellista y director de orquesta, sigue siendo uno de los intérpretes más idolatrados por el mundo y el próximo 25 de enero estrenará en Madrid una puesta revolucionaria de una de sus óperas preferidas, *Lady Macbeth del Distrito de Msensk* de Shostakovich, junto a un equipo totalmente argentino (Tito Egurza en el diseño multimedia, Renata Schussheim como vestuarista y Sergio Renán como régisseur). El segundo, muerto hace más de dos décadas, sigue siendo el compositor más importante, el único indiscutido –sobre todo por una sola obra, *La consagración de la primavera*– del siglo que terminó anteayer.

En algún momento de 1966 ambos músicos se encontraron en Estados Unidos, donde –según Clint Eastwood– Charlie Parker espiaba a Stravinsky desde la verja de la mansión del compositor. En la foto, Stravinsky tiene dos pares de anteojos superpuestos. Rostropovich, uno solo; aún no se había exiliado. El compositor acababa de abandonar nuevamente a sus seguidores y de desorientar por tercera vez a quienes creían comprenderlo: esperó que muriera Schönberg, su vecino en Beverly Hills, para abrazar la causa del dodecafonismo. Y como ya había sucedido antes –cuando abandonó la furia rítmica de *La consagración...* para inventar el posmodernismo con sus vueltas a Pergolesi, Gesualdo, Mozart y Tchaikovski–, su nuevo estilo sonaba, otra vez, como inconfundiblemente stravinskiano. El cellista, próximo a dejar los honores de músico soviético oficial, se aprestaba a comenzar la tarea de defensor de Shostakovich (y, luego, de Alfred Schnittke) en Occidente. También empezaba la interminable tarea de tocar una y otra vez –y acercarse cada vez más al absoluto– las seis suites que Johann Sebastian Bach escribió para su instrumento. Mujeriego, cascarrabias, amado en Estados Unidos hasta el límite de lo posible, Rostropovich encarna, todavía, esa extraña raza de intérprete humanista. Stravinsky, el que se animó a sostener que el arte debía ser impersonal, sigue siendo el autor más personal del siglo pasado. El único, tal vez, en que el estilo fue más fuerte que la idea.



Oficiales del ejército boliviano ostentan ante la prensa el cadáver baleado del Che Guevara

Un Cristo entre asesinos

POR JOSÉ PABLO FEINMANN Han puesto la camilla sobre el piletón, han puesto el cuerpo muerto sobre la camilla y creen posar para la historia. Están haciendo el ridículo. Se creen triunfales, pero el vencedor es el muerto. Son la caricatura del militar latinoamericano. O no. Porque esa caricatura no existe. Una caricatura es una deformación graciosa de un modelo serio. Y no hay modelo serio del militar latinoamericano, ya que éste, en sí, es una caricatura. Uno de ellos señala la bala que ha penetrado a la altura del corazón. Adopta modales de galeno, una versión bananera del cuadro de Rembrandt, el de *La lección de anatomía.* Tiene bigotes y ha cruzado una mano por su espalda, como Napoleón, pero al revés. Se siente Napoleón, un conquistador, un victorioso. Nos exhibe su gran trofeo. Es ese hombre de la camilla.

El otro militar le apoya una mano en la cabeza al hombre de la camilla. Como si lo acariciara, acaso consolándolo. Como si lo poseyera, ya que él también siente que este muerto es su trofeo. Después está el soldadito, el que tiene el rifle. Mira a su superior y lo asombran sus palabras. Vaya uno a saber qué dislates está diciendo. El soldadito pareciera conocer buena parte de la verdad y de ahí su asombro ante las palabras henchidas del general bananero. Asombra también pensar que soldaditos como ése –y no esa inmensa y abstracta realidad que la palabra *imperialismo* intenta acotar– fueron quienes derrotaron al hombre de la camilla y a sus veteranos y valientes guerrilleros.

El vencedor de la foto es el muerto, porque la foto lo ha hecho inmortal. Es un Cristo entre asesinos. Los generales lo lavaron, lo afeitaron y pusieron ahí para exhibirlo como un lujoso trofeo de caza mayor. Se equivocaron. Exhibieron al mundo el más hermoso cadáver del siglo XX. Los cadáveres, se sabe, no suelen ser hermosos. Entregan siempre la idea de la finitud, de lo que sólo existe en el modo de la coseidad. Porque un cadáver es siempre una cosa. El del hombre de la camilla, no. Sus ojos están abiertos; sus labios se han distendido y –absurda, increíblemente– sonríen. Como si supiera que los torpes militares le han entregado una de sus ambiciones más hondas: pasar a la historia, ser un símbolo de lo que no muere, de la rebeldía incesante.

Hubo otra foto del hombre de la camilla. Se la tomó un fotógrafo de nombre Alberto Korda, años atrás en Cuba, en la Plaza de la Revolución. Fue un hecho casual. El tipo iba de un lado a otro con su cámara. En el palco había varios candidatos a la inmortalidad: Sartre, Simone de Beauvoir, Fidel Castro. Pero no. Korda encontró el rostro del hombre de la camilla y disparó su cámara. Las dos fotos –la de la Plaza de la Revolución y la del piletón de Vallegrande– tienen algo en común: los ojos de Ernesto "Che" Guevara, que es, sí, el hombre de la camilla, están abiertos y miran lo por venir. Se han arrojado hacia el futuro. Vivo, Guevara miraba el futuro. Muerto, también. Porque el futuro es la dimensión de la esperanza. De ahí que las dos fotos sean eternas. La esperanza lo es. Sin embargo, si el futuro y sus esperanzas de redención dependen de los ojos abiertos de Guevara –de Guevara vivo o de Guevara muerto–, no habrá redención, no habrá esperanzas. Una foto no es más que una foto. Un muerto es solamente un muerto, aunque sea ese muerto que vemos ahí, en la camilla, el más bello de todos. De Guevara debería quedar otra cosa. Más allá de las discusiones que convoca, de las adhesiones o las broncas. Esos ojos no están abiertos porque el futuro existe. Nada garantiza la existencia del futuro, menos aún que ese futuro sea el que nosotros deseamos. Lo único que existe es el espíritu de la rebelión. Por eso, ahí, en esa camilla, rodeado de esos fantoches, ese hombre es inmortal. Porque es ese espíritu el que late en sus ojos, el de la rebelión. Porque obstinadamente dice: no se rindan. Ni aun muertos. R

Allende presidente



Salvador Allende en conferencia de prensa poco antes de ganar las elecciones

POR CARLOS POLIMENI Estela tenía cinco años y un vestido blanco. Era, por lejos, la más chica de aquel impresionante acto con que la Unidad Popular mostraba en Valparaíso, una ciudad obrera, su capacidad de movilización. En el verano de 1970, Chile ardía. Un tipo de estilo campechano miró aquella niña desenvuelta, parada contra un marco de banderas, rojas, y le dijo, con un dejo de simpatía: "Y tú, cabrita, ¿con quién estás, con los comunistas o con los socialistas?". Estela lo miró a los ojos, pensó la respuesta, y contestó, como si hablase de caramelos: "De ninguno de los dos, señor, yo soy peronista". Las carcajadas del entorno hicieron circular la anécdota hacia adelante, bien hacia adelante, hasta que llegó al escenario que compartían, entre otros, Quilapayún, Tiempo Nuevo, Inti Illimani, el Payo Grondona y Angel e Isabel Parra. Un rato después, por los altoparlantes, un locutor agradecía, en nombre de la Unidad Popular, "la presencia de los compañeros peronistas argentinos". Al final de la noche, Salvador Allende subió al escenario y habló a la multitud de un mañana mejor, con palabras sencillas y cultas, con palabras de médico de pueblo. Nunca vi tanta gente humilde conmocionada por la oratoria de un político, nunca vi tantos ojos con lágrimas brillando en la oscuridad.

En septiembre, Allende se convirtió en el primer presidente marxista de la historia elegido por voto popular y Chile quedó ubicado, de inmediato, en el centro del interés del mundo. Hasta que asumió, en noviembre, la derecha chilena urdió mil maniobras para impedirlo. No cristalizó ninguna. Allende, que había ganado con el 36,4 por ciento de los votos, comenzó a gobernar con el Parlamento y buena parte de los medios en contra. Sin embargo, lucía imperturbable: se había preparado toda la vida para llegar a presidente (había sido tres veces candidato y, antes de eso, ministro de Salud), y tenía claro que su accionar afectaría intereses poderosos. De hecho, de entrada nacionalizó la explotación del cobre, inició una reforma agraria y recibió como un prócer a Fidel Castro. La oposición se puso rabiosa a medida que aquel gobierno revolucionario elegido por la mayoría de los votantes avanzaba. Allende, que creía ciegamente en la democracia, recordaba cada vez que podía que jamás en la historia chilena las Fuerzas Armadas habían intervenido en política. Tres años después de haber sido electo se dio cuenta, tarde, de que se había equivocado. Murió, el mundo lo sabe, defendiendo la sede del gobierno, con un arma en la mano, dispuesto a ser digno del honor de ser presidente hasta el último segundo de su vida. Miren su cara y recuerden la cara de Pinochet: en ellas está todo dicho.

Estela es mi hermana menor, y nunca fue peronista. Tiene un hijo costarricense y otro estadounidense, pero vive en Chile desde que se fue Pinochet. Un día me mostró en Santiago los impactos en la Casa de la Moneda de los morteros que el Ejército disparó contra Allende, que los militares dejaron para que la gente no olvidase, y que la democracia conservó por los mismos motivos. Jamás podré olvidar su vestidito blanco, recortado contra un fondo de banderas, aquella noche en que Allende hacía llorar a los humildes prometiendo que algún día cada niño chileno tendría el vaso de leche que merecía. R

1978 Gringa vieja



Jóvenes nicaragüenses posan para la cámara de Susan Meiselas

POR MIGUEL BONASSO La foto es del último cuarto de siglo (1978), pero pertenece a la prehistoria colectiva y personal. A un mundo joven, irremisiblemente perdido, libre del discurso único de los contadores globalizados. Un mundo donde el futuro aún existía y podía esperarnos a la vuelta de una esquina en la volcánica Nicaragua que Cortázar quiso violentamente dulce, con literatura escrita en las calles por la dignidad de un pueblo joven. De un pueblo que se aprestaba a entronizar la segunda efebocracia de América latina (la otra había ingresado triunfal en La Habana veinte años antes). La foto fue tomada por la gringa Susan Meiselas que, a pesar de ser gringa (o justamente por eso), tomó las mejores imágenes de la Revolución Sandinista y las reunió en un libro que fue regalo obligado entre los que habíamos perdido en el Sur, pero sentíamos que íbamos ganando en Monimbó, Masaya y el gran baldío sísmico de Managua: en alguna parte de la Tierra hacíamos correr a los Videlas y a los Somozas. La gringa Meiselas registró, una a una, las escenas más expresivas de la insurrección sandinista, su expansión –desde los combatientes ya uniformados y posicionados del Frente Sur hasta los nuevos milicianos que se iban sumando en las zonas urbanas– en ese fenómeno que algunos despistados solían llamar "el espontaneísmo de las masas".

Milicianos como éstos de la foto perfeccionaban las viejas barricadas callejeras, ascendiéndolas con bolsas de arena a la categoría superior de trincheras. Frenos insuperables para una Guardia Nacional crecientemente hostigada, que en junio y julio de 1979 perdió la ferocidad que la caracterizaba y entró en pánico frente a la marea popular. Ahí están esos "chavalos" de 15, 16 o 17 años, todavía enmascarados por temor a las represalias de los torturadores de Tachito Somoza, que han juntado todo lo que (heterogéneamente) sirve para tirar: un revólver 22 o un 32, alguna vieja carabina y, en el mejor de los casos, un Galil "recuperado a los esbirros". A sus espaldas, en un muro, la sigla GPP, incomprensible para las nuevas generaciones. Significa "Guerra Popular Prolongada" y marca la preferencia –todavía sectaria– de los muchachos por una de las tres fracciones en que se dividió el sandinismo hasta poco antes de la victoria: la GPP del por entonces preso Tomás Borge. Las otras eran la "proletaria" de Jaime Wheelock y la ascendente (y pronto hegemónica) "tercerista" de los hermanos Daniel y Humberto Ortega. Cuando se disolvieron las tres en los anchos cauces del Frente Sandinista, muchos pensamos que la tara fraccionalista de la izquierda había sufrido un rudo golpe a manos del "sentido común revolucionario" y que esa fusión, decisiva para alcanzar la victoria, marcaría nuevos rumbos en otras latitudes.

Pero era una de las tantas ilusiones después desmentidas por una realidad amarga, que prohijó aquel momento juvenil de nuestro hemisferio. Amenazado ya por los planes contrarrevolucionarios de los Documentos de Santa Fe, el irresistible ascenso de Reagan, el papa Wojtyla y la señora Thatcher, emergiendo como figuras shakespeareanas, del crimen y la conspiración. Un Papa fugaz (Juan Pablo I) muriendo después de un té demasiado cargado; una Dama de Hierro condenando a morir de hambre a Bobby Sands y un Reagan –a salvo de atentados fallidos, como el pontífice polaco– que camina sobre rastrojos de difuntos (como Omar Torrijos y Jaime Roldós). Pero nada de eso está en la foto. Ni la Pax Romana de Centroamérica, ni las relaciones carnales. Ni, mucho menos, la traición y la concupiscencia de algunos comandantes. Salve. Honremos el coraje cristalizado por la señora Meiselas. R

La foto ausente

POR MEMPO GIARDINELLI Seguramente para el vasto mundo, a la hora de los recuentos, el '76 ha de ser un año como cualquier otro. Con sus claroscuros, pero uno más. Cuatro dígitos para inaugurar el último cuarto de siglo del fin del milenio. De hecho, la iconografía –extranjera, por supuesto– mira y escracha la vida desde el centro, no desde los bordes, como hacemos los sudacas. Por eso Nadia Comaneci o Patti Smith, como pudieron ser Richard Nixon o Muhammad Alí, son *las* imágenes del año. Ni Videla ni Massera. Ni La Perla ni la ESMA. Ni siquiera el rictus de Isabel o la cara de búho de López Rega. La vida, en aquellos días, era fácil para los que hoy globalizan. Por eso a la hora de las fotos les salía –y les sigue saliendo– lo tilingo. Comaneci o Patti Smith como símbolos de un año atroz. Atroz para nosotros, se entiende. En 1976 nuestra angustia cotidiana consistía en sobrevivir al terror. Ése que se grabó en la Historia con fecha 24 de marzo, pero que tan claramente se veía venir desde antes.

Entonces yo era muy joven y tenía mujer y dos hijitas, la última de sólo tres meses, y también tenía un montón de dolor y sueños y bronca y miedo. Trabajaba desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, y hoy creo que sobrevivíamos –mi generación, digo– porque éramos jóvenes y nos sobraba polenta. Nos habían ido arrinconando, sí, pero no nos habían asesinado la ilusión. Todavía no. No todas, por lo menos. Uno se replegaba hacia adentro, hacia los amigos que quedaban de la militancia y las luchas de la vieja Asociación de Periodistas de Buenos Aires, y en la pequeña solidaridad que todavía era posible en medio de tanto secuestro, muerte y tortura. El país en aquellos días germinaba la palabra símbolo de la por entonces lejana democracia: "desaparecidos". Por entonces yo escribía secretas narraciones mientras hacía cuentas para pagar alquiler, mamaderas y pañales; pero también llevaba la cuenta de todo lo que no iba a olvidar ni perdonar jamás.

Aquel marzo del '76 que no figura en las imágenes del siglo de los fotógrafos del Primer Mundo, a nosotros se nos grababa en el alma, cincelada desde el mismísimo año y para siempre: el gobierno ineficiente y genuflexo de Isabel, el caos justicialista, la Triple A, el terror imperante y la violencia generalizada prenunciaban el golpe. Faltaban sólo siete meses para las elecciones, pero parecían siete siglos. Nadie escribió, y quizá nunca se escriban, las vanas hipótesis de aquel año de haberse celebrado esas elecciones: lo que hubiera sido este país de no haber sido lo que fue sonaría, hoy, a ejercicio inútil. La Argentina de aquel aciago 1976 era una rara mezcla de rebeldía, impotencia, resentimiento (ya entonces) y también alivio (para muchos que hoy, seguro, no lo admitirían). Los que apostaban al fin del isabelismo a cualquier costo se montaban sobre el hartazgo de la gente. Algunos apostaban al viejo disparate: "Cuanto peor, mejor". Y la frase hecha: "Esto no se aguanta más", ya era popular.

Mirando –no sin melancolía– las fotografías del ahora siglo pasado, me asaltan dos únicas certezas: la primera es que no es cierto que Comaneci, Smith, Nixon ni los que tomaron estas fotos representen, verdaderamente, al siglo que feneció en estas horas. La memoria de los siglos no tiene sentido si no se la considera desde los ojos de la gente y en los lugares en que estuvo la gente. Nosotros estábamos aquí y aquí se escribía nuestra historia. La más triste y dolorosa, pero acaso, también, la más representativamente nuestra. Yo hubiese preferido otras imágenes paradigmáticas del año '76. Las que cada uno de nosotros tiene grabadas en sus retinas. Ésa es mi otra certeza.

Un día en la muerte



Deudos anonimos lloran a Lennon durante su entierro.

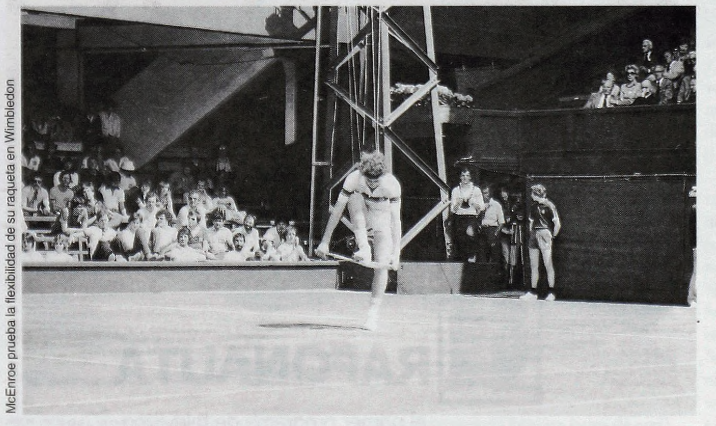
POR RODRIGO FRESAN Oír esa voz una y otra vez, todas las veces que sea necesario: *"Well I just had to laugh-ah-augh... I saw the photograph-ahaph"*, canta la voz de John Lennon casi al principio de una canción titulada "A Day in the Life", al final de un milagro redondo llamado *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*. Lo cierto es que, seguro, John Lennon se hubiera reído –o se rió, se ríe, quién sabe– al ver esta foto y tantas otras mostrando el merecido dolor universal por su muerte absurda a manos y revólver de un iluminado que se creyó aquello de que Los Beatles eran más grandes que Cristo. Era la noche de un último día en la vida y Lennon cayó con cinco balas adentro, rodeado por casetes de su nueva música frente a la puerta de su casa, en el edificio Dakota de Nueva York, el 8 de diciembre de 1980. Así es la muerte. La muerte es una pistola caliente y la felicidad no. La muerte como final de sueño y prueba concluyente de que todo lo que necesitas es amor, pero el dinero no puede comprarlo y de que la guerra nunca termina.

Desde entonces, otra de las preguntas que han pasado a formar parte del interrogante inconsciente colectivo –después de la guerra, del hombre en la luna– bien puede ser: *¿Papá, dónde estabas tú cuándo mataron a John Lennon?* A lo que yo, algún día, contestaré: recuerdo que iba caminando por la calle y leí el titular en la primera plana de un diario ("JOHN LENNON BALEADO", anunciaba *Crónica*) y lo primero que pensé fue que el Beatle John había entrado a robar un banco y que las cosas salieron mal. En serio. No se me ocurrió otra posibilidad que lo absurdo –el último gag de una película dirigida por Richard Lester– a la hora de compaginar a un pacifista cum laude con una muerte violenta.

Hoy, las fotos de la muerte de Lennon (la que aparece aquí, las que siguen y seguirán apareciendo en todas partes con puntualidad fúnebre) producen un curioso efecto de novedad constante, de terrible ironía en la trama de una biografía, de inverosímil pero real paradoja del destino. Las fotos de la muerte de Lennon (las que les sacaron firmándole un autógrafo en la cubierta de *Double Fantasy* a quien horas más tarde se convertiría en su asesino, la foto que le robaron al perfil horizontal de su cadáver en una mesa de morgue, las fotos de gente llorando en el Central Park sobreimprimiéndose sobre aquellas fotos de gente aullando en el centro de la Beatlemanía, todas esas fotos, todos esos disparos de flash) tienen la curiosa y acaso necesaria propiedad de negarse a envejecer y ocupar el sitio que les corresponde en la marea de la historia. Así como la música de Los Beatles no pasa de moda, la muerte de Lennon –a diferencia de, por ejemplo, las muertes de Lady Di y John-John K– sigue siendo noticia. Ayer, ahora y mañana, como en una de esas relativistas imperfecciones en el disco rayado del espacio tiempo. La púa salta y cae y ahí volvemos. *It was twenty years ago today...* No podemos seguir avanzando porque, tal vez, la muerte de John Lennon haya sido y sea la única muerte del siglo XX que nos involucra a todos, porque de una manera u otra todos estuvimos y seguimos estando allí. Deudos para siempre, familiares cada vez más cercanos adentro de esa fotografía de la que John Lennon se ríe cada vez que la ve. ■

1981

Big Mac en Wimbledon


McEnroe prueba la flexibilidad de su raqueta en Wimbledon

POR ALAN PAULS Hay público, fotógrafos, una cámara de televisión, un *ballboy* y hasta una mitad de juez de línea con una corbata a lunares. Pero lo que está en el centro exacto de la foto es mucho más que un jugador de tenis de 22 años, famoso por su talento y sus desplantes, llamado John Patrick McEnroe, al que la cámara captura en una ¿tregua? de la memorable final de Wimbledon que le ganó a Bjorn Borg (4-6, 7-6, 7-6 y 6-4) y lo consagró ese año –1981– número uno del mundo. Es un artista sorprendido in fraganti, en esa intimidad obscena y ejemplar, casi siempre vedada a los ojos de los profanos, donde los artistas violentan sus instrumentos, llevándolos a un límite ante el cual todos los demás –colegas, críticos, público, instituciones– suelen palidecer de espanto. Al probar con el pie la resistencia última de su raqueta, al coquetear con la idea de doblarla o romperla, el enfurecido McEnroe no hace algo muy distinto de lo que mantuvo atareada a la cultura de vanguardia a lo largo del siglo XX: llevar la propia práctica a un extremo, a un punto de incandescencia tal que el medio que la sostiene corra el riesgo de perecer, y que lo que aparezca del otro lado sea una experiencia completamente nueva. Suspendida en un filo de incertidumbre –¿se romperá?–, la raqueta de McEnroe (el tratamiento peculiar que McEnroe le prodiga a su raqueta) es en ese sentido un emblema de esa experiencia del borde, siempre entre el éxtasis y el fracaso, que promovieron, a su modo, el color en la pintura contemporánea o el sonido distorsionado de una guitarra eléctrica, dos momentos de la cultura del siglo en los que el uso *abusivo* de un instrumento puso en peligro la existencia de un arte y al mismo tiempo lo renovó por completo.

"Malhumor", "irrespetuosidad", "inconducta", "malos modales", "facilidad para la blasfemia" fueron los pobres resultados a los que llegaron *umpires* y periodistas después de traducir toda la agresividad y la invención que McEnroe desplegaba en una cancha de tenis al idioma del resentimiento. Pero esas imputaciones no podían disimular –más bien subrayaban– lo esencial: 1) que había nacido una nueva criatura tenística, una figura hipersensible y neurasténica, capaz de burlarse de la potencia y la rapidez físicas con la velocidad y la intensidad de una sinapsis que unía un cerebro con la muñeca de un brazo izquierdo; 2) que el tenis podía ser otra cosa: una comedia de la levedad, de la sorpresa y la agilidad, de la anticipación, y no ese plan quinquenal de esfuerzos y eficacias en el que Borg pretendía convertirlo para siempre; y 3) que con McEnroe (con la dimensión agresiva e histriónica de McEnroe, que de algún modo reproducía *en su cuerpo* los chispazos de su estilo de juego) era todo el tenis el que entraba en una década y una era nuevas: la era del tenis *televisado*. Una era de campeones, sin duda, pero ya no de caballeros, donde la elegancia sería menos importante que el exhibicionismo y los jugadores, envalentonados por un ejército de cámaras capaces de repetir, ralentar, filmar el *backcourt* o las caras sedientas de los jugadores en cada cambio de lado, fabricarían los gestos y *actuarían*, por fin, una agresividad y una violencia que el tenis siempre había reprimido con el mito civilizado del deporte blanco. ■


Soldados argentinos prisioneros en Malvinas

Mis muertos punk

POR CLAUDIO ZEIGER La foto, sacada sin ninguna conciencia épica de que eso era una guerra (apenas una postal de soldados argentinos sonriendo a cámara con cierta fatiga, amontonados o juntados como por casualidad, sin ninguna señal externa de que, como informa el epígrafe de la foto, sean *prisioneros argentinos*, apenas morochos uniformados contra un paisaje blanco-gris evidentemente sureño), devuelve la imagen precisa de esa lejanía. Una foto tomada como al descuido, de una guerra que muchos se empeñaron en rebajar a guerrita, a fantochada de militares desesperados comandados por un borracho. En su carácter menor, la foto no miente: la guerra de Malvinas ya no le importa a nadie salvo a los directamente implicados (fue reducida a la curiosa categoría de guerra íntima, razón por la cual es una marca de referencia muy fuerte para los nacidos en los años sesenta), nadie quiere acordarse de los chicos de la guerra, de los muertos y de los sobrevivientes. No "cierran" con el discurso progresista. Para colmo de males, sí cierran con el nacionalismo: doble razón para ningunearlos. Cuando se hacen apelaciones a la memoria, cuando se nos llama a no olvidarnos del pasado, no suelen estar incluidos los caídos en Malvinas. Son muertes incómodas para la democracia. Y ni hablar de los vivos. Desaparecidos en vida, dejados de lado por todos los gobiernos de 1983 a la fecha, abandonados a los fachos, como restos de un naufragio militar que nadie sabe dónde poner.

Malvinas, me temo, fue nuestro punk. Nuestra muerte joven. Un flaco un poco tocado que sube a un colectivo o tren a vender calcomanías y juntar plata para gente que también quedó mal de la cabeza, y le habla a los pasajeros con un discurso entre agresivo y demandante. Malvinas es una novela argentina intermitente, como un fogonazo que de vez en cuando se enciende en el horizonte y después se apaga sin pena ni gloria. Malvinas es la incomodidad. Y está bien que así sea. Que nadie sepa muy bien qué hacer con esa guerra. Ser una marca y una herida quizá sea su único sentido verdadero. R

1993

El estigma


James, diagnosticado HIV positivo en 1985, en el hotel de San Francisco convertido en refugio

POR GUILLERMO SACCOMANNO La cultura de la imagen nos acostumbró a mirar toda clase de horrores sin verlos. Se puede comer sushi mientras se mira por la tele una masacre políticamente correcta en los Balcanes. Total, los Balcanes quedan muy lejos. Además el sufrimiento de los otros, si se lo piensa, tiene su costado benéfico: siempre hay alguien que está más jodido que uno. A toda imagen trágica se le termina encontrando un lado valorable; arte o denuncia, la interpretación nos distrae del dolor. Y así nos permite mirar hacia otra parte. En efecto, hay una zona fuera de foco en la que se entreveran la compasión y el cinismo. Ya hace unos días que doy vueltas en torno de esta foto de uno de las primeras víctimas de sida. Me acerco y me alejo. Me propongo escribir, arranco y al rato me freno. Escribí: "uno" de las primeras "víctimas". Subrayo: *uno* porque las víctimas tienen sexo, como tienen identidad. Borrarles el sexo es también borrarles la identidad, convertirlas en número, en estadística. Los nazis, a sus prisioneros en los campos de exterminio, les extirpaban el nombre convirtiéndolos en número. Siempre creí advertir un vínculo de horror entre víctimas de sida y víctimas de campos de concentración. Segundo subrayado: digo *víctimas* y no enfermos o enfermas. Se me ocurre que el término revela la naturaleza política de una enfermedad demonizada. A diferencia de otras imágenes escalofriantes –como si pudiera medirse el dolor–, las de campos de concentración y de sida suelen resultarme más próximas. En Argentina sabemos de lo uno y lo otro. Una pregunta: ¿por qué no pensar que la medicina, tratándose de sida, se define como una institución represora? La condena no consiste en la enfermedad sino en la forma en que todo un sistema –gobierno, hospitales, laboratorios, etcétera– estigmatiza y discrimina. El estado de un prisionero, como el estado de un enfermo, es provisional. Su vida es provisional. Se trata de una transitoriedad: mi existencia depende de un capricho del verdugo; mi existencia depende de que pueda acceder o no a una medicación. En tanto, vuelvo a mirar una y otra vez esta foto. No se trata ya de lo que yo pueda escribir. Se trata de lo que esa foto me dicta: este hombre está muerto. R

1997

El gran salto


El doctor Ian Wilmot con la criatura que contribuyó a crear

POR CLAUDIO URIARTE Está de moda denostar al siglo XX como un caos de irracionalidad y de masacre, infamado por las atrocidades de Hitler, Stalin, Mao, Pol Pot, Pinochet y discípulos menores. También se resucitan extemporáneamente las diversas profecías de pauperización y recaída en la barbarie para dar cuenta de la irracionalidad y la polarización de ingresos que puede generar el capitalismo de libre mercado al interior de cada sociedad, o bien entre las desarrolladas y las pobres.

La evidencia estadística más dura tiende a contradecir seriamente estos diagnósticos. Pese a todo sus horrores e injusticias, el siglo XX –que, desde cualquier perspectiva histórica, es una unidad numérica arbitraria– no ha sido en su conjunto un siglo de regresión: cualquier compatación de indicadores básicos –expectativas de vida, ingresos, producción– o bien sucesos tales como guerras, revoluciones, dictaduras, masacres, hambrunas –que solían ser lugares comunes en sectores enteros del mundo que hoy descontamos como civilizados y "pacificados"– dará por resultado que gran parte de la humanidad está mucho mejor que en 1900. O, dicho de otro modo, que hay dos siglos XX: el que termina aproximadamente en 1945, y el que empieza cerca de 1950.

Sin negar para nada las desigualdades y contradicciones dialécticas de la modernización, esos avances aparecen potenciados de manera exponencial por un salto cualitativo de la ciencia. La clonación de una oveja por un científico británico pareció un hecho simple e inocuo, por un lado, y escandaloso por el otro. Simple, porque a quién le importa una oveja. Escandaloso, porque entreabrió la puerta a la clonación de seres humanos, o bien de órganos individuales, lo que sugirió el cruce del tabú que prohíbe al hombre superar la muerte, o crear vida de manera "artificial". La Iglesia y los Estados recibieron la noticia con la repulsa propia de los poderes que necesitan de la certidumbre individual de la Muerte como principio fundamental de disuasión ante la posibilidad de un verdadero Reino de la Libertad: la primera perdía el mercado del Más Allá; los segundos sentían que se aflojaba su amenaza de la pena de muerte, cuya posibilidad integra la última ratio constitutiva de los Estados, que es su ejercicio del monopolio de la violencia.

Una revolución tan fundamental como la inmortalidad cambiaría todas las condiciones de la existencia y nos dejaría elegir –si así queremos– el momento de nuestra propia muerte. Sin duda, esto implicaría una manipulación de la naturaleza, pero la naturaleza es de derecha, y fue en constante lucha contra ella que triunfó la especie humana. La liberación de fuerzas de esta revolución implicaría una amenaza directa contra la familia, el tiempo, la religión, la superstición, el derecho y el Estado. Lo que en el fondo quiere decir: contra toda represión. Ése es el verdadero punto de incertidumbre del *Brave New World* en ciernes: ya observó agudamente Freud que la represión es la base de la civilización; quizá su supresión –la de la represión– desate la anarquía.

La puerta, sin embargo, ya ha sido abierta, y no puede cerrarse. Algunos progresistas somos optimistas o simplemente curiosos, y nos gusta que dicho progreso sea irreversible. R



Tres generaciones de kosovares huyen de los serbios rumbo a Macedonia

Allí estaré esperándote

POR ARTURO CARRERA

(...)
La atención consiste en encontrar en esta foto
el mismo cuerpo perdido en cada día.
El mismo hilo de la fuerza
que nos llevaba
al laberinto de las voces oídas.
La voz de "pá", "má", "vení", "¿estás ahí?",
en la cisterna de las palabras
atendidas.

Allí estaré, deseándote.
Que me hables. Sólo así.
Allí execrando el poder de los embustes,
las teorías,
los saberes que en el cuerpo como un tatuaje
te hacen persistir y odiar
a las propias palabras consentidas,
alcanzadas por indiferencia, por rencor,
por error puro.

Indiferente en ellos,
diferente en mí.

Allí estaré esperándote –amor.

De palabras más rico
pero más vacío.

Sólo dolor parecen las sensaciones
y extensión, aunque ausente. Niegan incluso
tu derecho a odiar la guerra y sus acciones.
Incluso el tacto, incluso el sabor
y esa mano pequeña
que lleva la del padre herido
como un juguete de fuego,
como un divino cordón hacia otra parte,
hacia otros límites desconocidos,
hacia otra escollera inmaterial,
de secreta paciencia:

el dolor y su "ciencia"
imponen entre palabras un deseo.
El dolor como "deseo"
la única posibilidad.


Un acento
en el
arte